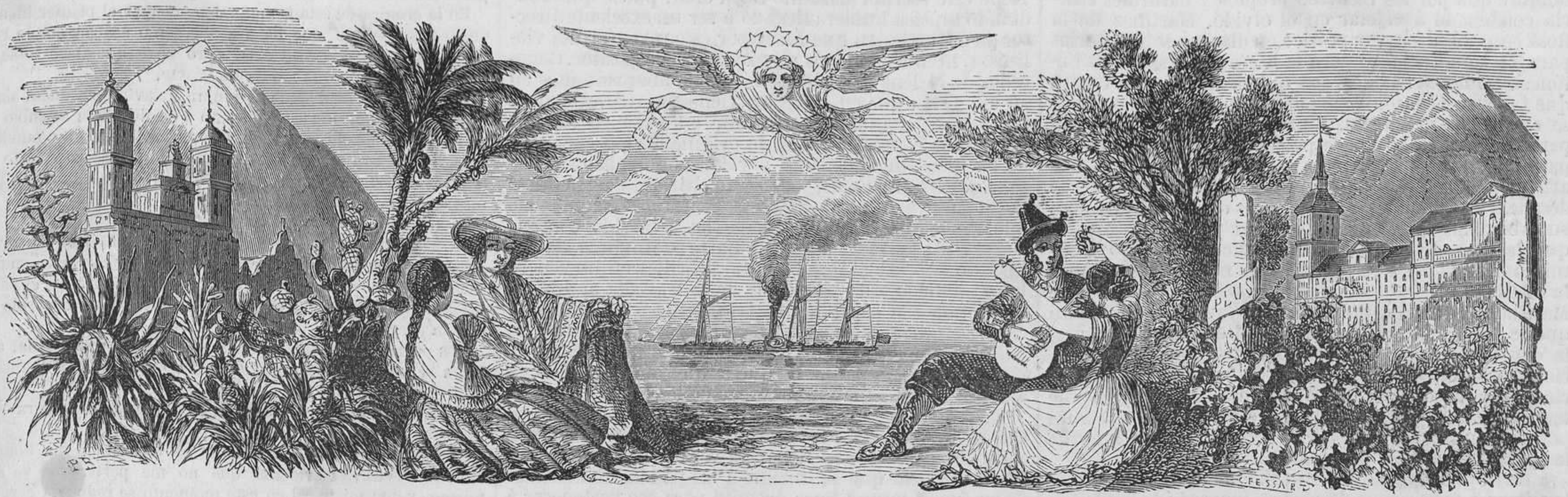


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

Año 12. — N. 12.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos ; Don Francisco Martínez de la Rosa. — Historia de la Semana ; grabado. — Proyecto de decoración monumental ; grabados. — La caza del ciervo en Mobile ; grabados. — Un arresto en las lagunas Pontinas ; conclusion. — Poesía ; soneto. — Trabajos de restauración del Conservatorio de Artes de Paris ; grabados. — Magnetismo animal. — El Peru y Bolivia ; grabados. — D. Juan de Lanuza ; leyenda. — Revista agraria. — Boletín científico. — Descripción de los bordados. — Caricaturas griegas y romanas ; grabados.

Poetas españoles contemporáneos.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Artículo primero.

No es esta la vez primera que emito mi opinión acerca de este personaje cuya reputación mal contenta de los límites con que la naturaleza quiso estrechar su desarrollo en una península, transpuso las montañas del Norte, para extenderse por todo el continente. Difícilmente podré adivinar la fuerza motriz que imprimió á su fama ese movimiento de traslación, ó por mejor decir, ignoro que especie de fuego, por esa propiedad que tiene el calórico de dilatar los cuerpos, aumentó tan prodigiosamente el volumen de esta entidad moral ; pero lo que puedo asegurar es que la fama del señor Martínez de la Rosa ha perdido, como es natural, en solidez todo lo que ha ganado en extensión, pareciéndose á muchos de aquellos héroes antiguos, que legando á la posteridad sus nombres, no han podido transmitir la historia de sus hazañas. Lo cierto es que el señor Martínez de la Rosa goza de una gran reputación literaria, no solo en su



El emperador Francisco-José de Austria con traje de gran-maestri de la orden de la Toison de Oro.

patria, sino al extranjero, y cuanto mayor es la fama de los hombres, mas rigidamente analizada debe ser por la crítica imparcial que, no prestando mas sumisión á los halagos de la fortuna que á las preocupaciones del vulgo, pronuncia al fin el fallo de la inexorable justicia.

Es indudable que la fortuna tiene caprichos muy singulares, y aprovecha bien las ocasiones para favorecer á sus hijos predilectos. Se sabe por ejemplo que Octavio carecía hasta de valor personal ; pero tuvo la suerte de derrotar á Antonio, y esto solo explica como alcanzó una posición tan superior á su mérito. Yo no sé si Wellington era un genio privilegiado en la guerra ; pero sé que tuvo la gloria de vencer al capitán del siglo, y esto me basta para respetar las estatuas que le ha erigido su pueblo. Ignoro en fin si Gutemberg tenia algunas nociones literarias ; pero sé que la inteligencia humana le debe el gran descubrimiento de la imprenta, y concibo perfectamente la veneración con que su nombre es pronunciado por los amantes del saber. Pero cuando se trata del señor Martínez de la Rosa, que sin haber dado en su vida como escritor una sola muestra de superioridad, manteniéndose siempre lo mismo en sus versos que en su prosa á la altura de las mas humildes medianías, disfruta dentro y fuera de España el envidiable renombre de poeta y literato á que inútilmente aspiran hombres de mérito positivo en todos conceptos, siento vehementes deseos de arrojar los hártulos por la ventana, dudando si realmente es una insensatez todo lo que la recta conciencia decora con el nombre de virtud, y creyendo que todos los nobles esfuerzos del pen-

samiento están condenados á estrellarse en este mundo de injusticias.

¿Cómo pueden de otra manera explicarse algunos fenómenos? Mucho tiempo hace que tratando del mismo escritor de que voy hablando, dije lo siguiente:

«No basta alcanzar una fama europea.... Muchas circunstancias favorables pueden concurrir á elevar un nombre que por los recursos propios y naturales estaría condenado á vejetar en el olvido. Martínez de la Rosa empezó su carrera poética en días tan satisfactorios para él como aciagos para la literatura española. Entónces no había rivales con quienes luchar ni crítica que temer: el campo estaba abandonado, y los reclutas se erigían en generales. Bastaba hacer una quintilla para merecer el título de poeta, y una mala comedia para conseguir un nombre respetable y popular. Las artes, la literatura y las ciencias tienen sus períodos de decadencia y de muerte, y entónces es cuando levantan su cabeza las medianías que viven y prosperan hasta que desaparecen por sí mismas ó sucumben bajo el dominio de una era feliz, de esas que nos suele presentar la inteligencia humana en sus fantásticas evoluciones. Martínez de la Rosa, aprovechando la buena coyuntura que le ofrecía la esterilidad de su tiempo, cobró fama, la engrandeció, y con asombro de los hombres imparciales la ha conservado á través de la revolución literaria que ha producido tantas cosas admirables al lado de tantas cosas abominables, pero que encaminada á un porvenir magnífico, empieza á sacudir el doble yugo de la ignorancia y de la superstición.

«Hay apariencias que seducen: una columna de cartón llega á parecerse de piedra, merced á la verdad de la pintura, tanto mas cuanto que esta columna tiene durante algun tiempo ciertas apariencias de solidez que debe á los cuidados que la prodigan los que se hallan interesados en su conservacion; pero cuando una vez la vemos abandonada á su suerte, cuando se encuentra sola y expuesta á la furia de las lluvias que la quitan el barniz ó de los huracanes á que no puede oponer sino muy débil resistencia, cae para no volver á levantarse, y lo que es mas triste, cae haciendo asomar la risa en los mismos semblantes que ántes afectaban la admiración.

«Encaramado el señor Martínez de la Rosa en la cúspide de la literatura moderna, no tanto por sus obras como por el derecho de antigüedad, tuvo ocasion de vender proteccion á la nueva hueste poética que sujetó á cierta disciplina con la arrogancia de un caudillo. Y los jóvenes literatos, obrando por un impulso natural de respeto á las canas, cuando no por el de la gratitud, han sostenido con sus aplausos ó autorizado con su silencio el misterio que no alcanzaban á comprender. Además de que un hombre que llega á ser ministro y embajador tiene mucho adelantado en su gerarquía social para ocupar un alto rango en la gerarquía literaria, y he aquí sin duda porque el señor Martínez de la Rosa ha podido conservar algun tiempo ese inmerecido renombre; pero la posteridad y acaso la generacion actual prescindirán de los atavíos con que se ha engalanado este veterano de las bellas letras, y cuando nadie se acuerde de sus títulos y honores, cuando la ilusión óptica desaparezca, todos descubriremos bajo los adornos del pincel una columna de cartón.»

«Todo esto y algo mas decia yo hace algunos años en una biografía del señor Martínez de la Rosa, biografía que no copio al pié de la letra, porque en ella consideré principalmente al hombre político, y aquí solo me propongo examinar al hombre poeta. Haré sin embargo una observacion que podrá servir como de complemento á la explicacion del fenómeno que nos ha ocupado hasta aquí.

España, no sé si por la belleza musical de su lengua ó por otras causas, es uno de los países en que no solo la poesía sino hasta la prosa rimada han ejercido siempre un influjo deslumbrador. Es cosa bien particular que allí donde con mas ó menos elocuencia, con mas ó menos pureza casi todos los hombres hablan la lengua de los dioses, gocen los poetas el concepto de hombres universales. Merced á esta idea supersticiosa, hasta allí hacer unas coplas de calinos para que á un hombre se le considere apto en todas las ciencias, y principalmente en la ciencia política; de modo que en el señor Martínez de la Rosa puede decirse que una cosa ha servido de apoyo á la otra, y vice versa, es decir, que este señor por un capricho de la suerte debió su elevacion política á la circunstancia de ser escritor, y su importancia literaria á su posicion política.

Me he propuesto hacer de nuestros autores contemporáneos una crítica concienzuda, y cumpliré mi propósito. Así, yo que niego al señor Martínez de la Rosa la calidad de poeta, creo que tiene como literato bastantes títulos á la estimacion de su pueblo. Hombre de buena instruccion y notable inteligencia, ha dado en muchos casos pruebas de poseer estas dotes en alto grado, y me complazco en reconocer que pocos con mas justicia que él han invadido el santuario de la Academia española.

Pero estoy todavía de acuerdo con estas palabras, que tratándose del mismo escritor dije en la obra á que ántes me he referido:

«Es preciso no confundir el genio con el talento: el hombre de genio crea, el hombre de talento ayudado por el estudio, zurce, compila, amasa, por decirlo así, las ideas prestadas, y gracias á un trabajo artístico, que con mas propiedad pudiera llamarse mecánico, llega á usurpar la plaza de poeta á los ojos del vulgo que solo tiene una idea confusa de la poesía. Se cree generalmente que es poeta el que hace versos, y son sin embargo mu-

chos los buenos versificadores que están muy distantes de merecer el nombre de poetas, al paso que hay eminentes poetas que nunca se han tomado la pena de hacer versos, y que sin duda los harían defestables. Y al decir esto no se entienda que tenemos por gran versificador al señor Martínez de la Rosa, título que con fundamento le negaríamos siempre como le negamos el de poeta. Tiene este escritor bastante buen oído; puede que estudiando música hubiera llegado á ser un excelente director de orquesta sin que fuera por esto un excelente violinista, ni mucho ménos un excelente compositor. Conocedor de la lengua castellana, que ha abarcado mas en su extension que en su lógica, tiene un rico caudal de voces y de consonantes con que entretiene á los que gustan de la poesía, no por la originalidad ó elevacion de los pensamientos, sino por la monotonía del sonsonete. Pero nada mas, y esto lo probamos, si no fuese larga tarea, analizando las obras de este pretendido vate que semejante á las mariposas ha recorrido con incierto vuelo todas las flores sin fijarse en ninguna, de este ingenio superficial que incapaz de brillar en un género los ha hollado todos, pasando de la tragedia al drama, del drama á la comedia, de la comedia á las composiciones eróticas, y de estas á la epopeya, pero que ha pasado como sobre ascuas, no dejando en la arena literaria mas profunda huella que la que puede marcar la sombra de los pájaros en el agua de los ríos.

«Nosotros hemos leído y releído el poema á Zaragoza que es una eterna é insulsa ostentacion de palabrería y desafiamos á que se nos haga ver lo contrario. ¿Hay algun corazon que se inflame á las pálidas llamaradas de su fuego fatuo? Pues necesita para eso pertenecer á un fatuo ó el tal corazon debe hallarse ulcerado para ser tan impresionable, porque el dichoso poema no revela una sola chispa de su origen meridional, y si realmente el autor estaba hecho un volcan cuando lo escribió, puede decirse que arrojó una lava capaz de helar el mercurio.»

La crítica que estoy haciendo, por severa que parezca, está autorizada en las advertencias que inundan las obras de don Francisco Martínez de la Rosa, reducidas todas á decir:

1º Que ha escrito por pasatiempo.

2º Que ha leído mucho.

3º Que ha limado ó corregido sus obras.

4º Que ha escogido lo mas selecto de sus trabajos literarios ántes de darlos á la prensa.

A cuyas cuatro advertencias se pueden dar estas tres contestaciones:

1ª Que el señor Martínez de la Rosa es mas acreedor á la censura que otros escritores, porque el que escribe para comer, escribe solo para salir del día, sin pensar en la fama póstuma, al paso que el que escribe por pasatiempo escribe para labrarse una reputacion.

2ª Que el que escribe mucho, y corrige mas, y solo imprime lo escogido de sus obras, tiene obligacion de presentar modelos en vez de los cuadros incorrectos y frios que nos ha ofrecido don Francisco Martínez de la Rosa.

3ª Que tales advertencias le comprometen mucho ante la crítica justa, porque el crítico no puede tener tantas consideraciones con el que escribe por gusto, y despues lima, corrige y escoge, como con el pobre que dice: *escribo para vivir, y no tengo tiempo para mirar lo que escribo.*

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Los Campos Eliseos han estado inundados de gente estos últimos días, gracias á la temperatura de primavera que disfrutamos. Es cierto que ha habido de todo en la semana; las variaciones atmosféricas se han sucedido en ella con un desorden nunca visto. Casi podríamos decir que en la semana última hemos pasado por las cuatro estaciones; en medio de las dulzuras de una primavera sorprendente, hemos visto llegar al frío invierno que, á su vez, hubo de ceder el puesto á una apurosa veraniega. En los días de nieve hemos admirado en los boulevards y los Campos Eliseos varios trineos ricamente adornados y arrastrados por caballos de brío, entre los cuales se distinguieron dos, guiados por señoras, una de ellas inglesa, y como tal poseída del afán de singularizarse, y la otra una joven rusa vestida con mucha originalidad, de graciosas y elegantes formas, pero cuyo rostro se hallaba enmascarado con un par de anteojos azules.

¿Qué capricho de desfigurarse así ha tenido esa joven? decían los aficionados, los espectadores y los ginetes que seguían el trineo agnijnoneados por la curiosidad.

Acordóse entónces la gente de que el año último una joven extranjera se presentó en las altas sociedades de Paris igualmente desfigurada con tan terrible objeto, preciosa mujer que hubiera sido admirada sin los tales anteojos, y que justamente por eso los llevaba. Aquellos cristales azules le habian sido impuestos por un marido celoso que la acompañaba sin cesar y la vigilaba como un agente de policia vigila á un capataz de revoluciones: el digno esposo alemán temia la galantería de los elegantes parisienses, que tanta fama tienen en el extranjero, y habia puesto por condicion de su viaje á Paris, viaje muy deseado por la joven, que jamás su esposa se desprendiera de sus vidrios azules; á la menor tentativa de rebelión, no habia mas remedio que volverse á Alemania.

Los curiosos se preguntaban, pues, si la joven rusa se halla-

ria sometida á esa medida de fealdad ingeniosamente imaginada por los celos de su marido moscovita; pero no, los curiosos han podido verla sin anteojos noches pasadas en la Opera, y han podido admirar todas las gracias de su rostro; en cuanto á los anteojos azules, fué solamente un adorno de circunstancia que la joven usa siempre cuando sale en trineo para amortiguar el brillo de la nieve cuyo reflejo podria empañar la limpidez y frescura de dos hermosos ojos de color de cielo.

En la crónica de esta semana debe ocupar el primer lugar un duelo muy famoso, que ha acabado como acaban por lo regular los lances en nuestros días, pero cuyo desenlace tiene una moraleja que vale una fábula de Iriarte.

El motivo de la disputa se ignora todavía; sin duda, alguna mirada de reojo, una copa de vino ó de licor que se subió á la cabeza, etc., etc. El insultado, que era un joven muy pundonoroso, aceptó con resolucion el lance fatal, pero en cuanto á su adversario, este con aire altanero y ojos provocadores, no pedía mas que sangre y venganza.

El arma fué la pistola.

— Amigos, dijo N... (el fogoso) á sus padrinos, yo soy tan corto de vista, que á tres pasos me es imposible distinguir una mujer elegante de un coracero. Si desean Vds. que el partido sea igual, es menester que tiremos á quema-ropa con solo una pistola cargada.

Los padrinos, jóvenes tambien y con poca experiencia, aceptaron la responsabilidad de este combate prohibido y fuera de las reglas conocidas.

R...., el adversario resignado, se incomodó como era consiguiente.

— Señores, les dijo, puesto que he depositado mi honra en manos de Vds., es evidente que no me pertenezco ya á mí mismo, y que mi papel en este momento se reduce á cero; sin embargo, me permitirán Vds. que les diga, que el combate propuesto es un asesinato salvaje que me repugna, sobre todo cuando el motivo de la contienda es tan leve. Pongámonos á veinticinco pasos de distancia, pudiendo cada cual avanzar una tercera parte; yo no puedo aceptar las otras condiciones.

— ¡Ah, cobarde! exclamó el provocador cuando supo la negativa de su adversario; ¡quiere un simulacro de desafío para probar su valor á poca costa!... Pero se engaña, porque yo no me prestaré jamás á esa comedia, y ha de saber que allí donde le encuentre le doy de bofetones...

Los padrinos, humillados hasta el último extremo, fueron á repetirle al otro las amenazas, el cual al oír su narracion se puso pálido como un papel, y les interrumpió, diciéndoles:

— Amigos míos, perdónenme Vds. mi flaqueza; soy el sosten de mi pobre madre, y no me pertenezco, pero tratándose del honor, no hay que vacilar un instante; vayan Vds. á decirle que acepto sus condiciones.

R... pasó el resto del día ordenando sus negocios; en cuanto á lo que sufrió aquella noche solo Dios lo sabe.

A la mañana siguiente, pálido como un cadáver, pero firme y resignado, llegaba á eso de las siete, acompañado de uno de sus padrinos, á un sitio que se habia designado de antemano en el bosque de Ville-d'Avray.

El provocador, vestido con una rara elegancia, se paseaba en ademán soberbio.

— La conducta de Vd. de ayer me hizo creer un momento que aborrecia Vd. los duelos, le dijo con aire impertinente; ea, señores, ¡que se carguen las pistolas!... He pasado la noche á jugar al poker, y la suerte me ha sido tan favorable, que quiero aprovecharme de la vena... ¡Apuesto veinte onzas á que me va á tocar la pistola cargada! Nadie apuesta, me alegro, porque este caballero puede considerarse ya como muerto.

— Ignoro si Dios toma alguna parte en el juego del poker, pero lo que creo firmemente es que su voluntad se manifiesta de un modo ostensible, cuando se trata de la vida de un hombre.

— Repito, caballero, que puede Vd. considerarse ya como hombre muerto, contestó el arrogante duelista con acento furioso.

El otro le miró con extrañeza, y guardó silencio.

Un momento despues, cuando se entregaron á los combatientes las pistolas cargadas segun las prescripciones de esos desafíos excepcionales, esto es, por dos padrinos que se alejan cincuenta pasos del sitio del combate, un cambio tan inaudito como inesperado se manifestó en ambos adversarios.

R...., preparado ya á ese momento supremo para el que habia reunido todas sus fuerzas y todo su valor, mostraba una firmeza resignada hena de dignidad é imperturbable.

N...., con los ojos inyectados de sangre, el rostro de color de fuego, y trémulo en toda su persona, parecia hallarse en un acceso de fuerte calentura.

En vez de tomar una de las pistolas que le ponian delante, se echó vivamente hácia atrás, y con una voz que no tenia ya nada de humano, exclamó:

— No, ese duelo no se verificará, porque seria un verdadero asesinato; yo protesto contra semejantes condiciones.

Fácil es comprender cómo se quedarían los padrinos al oír la salida.

— Pero, caballero, dijo el otro, Vd. mismo ha impuesto esas condiciones contra las que protesta ahora. Tenga Vd. cuidado, porque debo advertirle que, á mi vez, me verá obligado á decir que Vd. se deshonra...

En vano emplearon con el fanfarron todos los medios imaginables para hacerle cambiar de resolucion; súplicas, amenazas, burlas, todo fué inútil. El miserable, preso de un terror sin nombre, ni escuchaba, ni comprendia nada.

— Voy á proponer á Vd. otras condiciones de combate que creo merecerá su aprobacion, concluyó por decirle su adversario: nos batiremos á la pistola á diez leguas de distancia hasta que caiga muerto uno de nosotros.

— No entiendo; explíquese Vd., caballero.

— Eso significa que no soy bastante generoso para perdonar á un tunante como Vd. las angustias que me ha hecho pasar, la agonía moral que he sufrido. Eso significa que yo le mando á Vd. (pues siempre me disgustará el verle) que no habite jamás á ménos de diez leguas de distancia de la ciudad en donde

me halle yo, previniéndole á Vd. que toda tentativa de escapatoria por parte de Vd. será severamente castigada.... Pásenlo Vds. bien, caballeros.

La escena que acabamos de contar pasó el juéves; el viérnes por la mañana salió el valiente provocador para una provincia donde piensa fijar su residencia.

— Vamos á concluir nuestra revista semanal con algunos apuntes biográficos relativos al Emperador de Austria, cuyo retrato hemos querido dar aquí, primera llana porque todo lo relativo á este soberano tiene hoy un interés de actualidad con motivo del atentado que Juan Libeny cometió contra su persona.

Francisco José Carlos, llamado á reinar en el trono imperial de la monarquía austriaca, nació el 18 de agosto de 1830, cuando la Europa se hallaba profundamente conmovida por la revolución de Julio, que acababa de llevarse por tercera vez la antigua dinastía de los Borbones.

Desde sus primeros años, mostró el augusto heredero de la casa de Habsburgo una rara y precoz inteligencia. Educado como un hijo del pueblo, el joven archiduque se fortificó en medio de los mas duros ejercicios. A la edad de ocho años podia pasar ya por un buen ginete, y conocia perfectamente el arte de la esgrima, pues lo que ménos se descuidó en su educacion fué la ciencia y el manejo de las armas. De un carácter altivo y resuelto, dotado de sentimientos elevados, de una bondad de alma igual á su viveza, de una voluntad firme y poco caprichosa, y de una penetracion superior á su edad, tenia hechizada á su augusta madre la archiduquesa Sofía, esa princesa que habria podido decir también como Cornelia, mostrando su hijo: «Aquí tengo el mejor brillante de mi corona.»

A diez años, Francisco José conocia no solo los secretos de las lenguas europeas, sino que hablaba los idiomas y dialectos de los Estados austriacos, que casi podriamos decir son infinitos.

Por fin llegaron para él los dias del poder supremo: la doble abdicacion de su tío el emperador Fernando y de su padre el archiduque Francisco, puso en sus manos, el 2 de diciembre de 1848, el cetro de María Teresa.

El emperador Francisco José es de una estatura elevada, esbelta y distinguida; su frente es alta y despejada, y sus ojos azules; su fisonomía está animada por una sonrisa cuya dulzura no excluye sin embargo las señales de una grande firmeza; sus ademanes, lo mismo que su aspecto, se distinguen por una elegancia exquisita. Gustándole las diversiones, como gustan siempre á veintidos años, nunca sacrifica por ellas los asuntos del Estado, y trabajador incansable, no se aparta jamás de la senda que le tienen trazada sus deberes. Todos los dias se levanta á las cinco de la mañana para el despacho de los negocios del gobierno. Sus placeres predilectos consisten en la caza y la equitacion; todos los dias sale á las dos de la tarde de palacio á dar su paseo acostumbrado, en el invierno á pié por la muralla de la ciudad, y en el verano á caballo. No le acompaña mas que su ayudante, y jamás se quita el uniforme militar. Como es uno de los mejores ginetes europeos, anda siempre saltando fosos y barrancos, cansando diariamente tres alazanes en este penoso ejercicio. Su modo de viajar es muy curioso; su carruaje va siempre descubierta que nieve ó llueve en el invierno, ó que haga un calor tropical en el verano. Su caza favorita es la del gallo silvestre, caza muy difícil, que tiene que hacerse por la noche y en el rigor del invierno. Por el mes de febrero, el Emperador se va ordinariamente á las montañas de la Siria, y pasa muchas noches bajo la bóveda del firmamento, acostado al pié de los árboles en un lecho de hojas secas. Su salud de hierro se burla impunemente de las privaciones, soportando lo mismo el frío que el calor y el hambre. Acerca de una de estas cacerías se cuenta en Viena la anécdota siguiente:

Una mañana el Emperador, acompañado de un solo oficial, y llevando al hombro una bolsa bien provista de caza, se encontró con un noble anciano de aquella comarca, muy aficionado también á este ejercicio, pero muy celoso del derecho de propiedad en sus dominios, donde, por desgracia, el Emperador habia estado cazando toda la noche. El anciano al verle, soltó una exclamacion de ira, y le dijo:

— ¿Con qué se han acabado las leyes en Austria, puesto que un vagabundo cualquiera puede cazar impunemente en las tierras ajenas? ¿Quién eres, joven?

— Soy un oficial al servicio de S. M.

— Ya lo estoy viendo en el uniforme lo que quiero es saber cómo te llamas.

— Me llamo Francisco.

— ¿Nada mas?

— Se puede añadir José, si se quiere.

— Pues prevengo al señor José Francisco que voy á dar parte á S. M. de que tiene en su ejército un atrevido que no respeta las tierras ajenas.

— Hoy mismo voy á volver á Viena, y como probablemente tendré el honor de ver á S. M., puedo encargarme de llevarle yo mismo la queja.

— ¿Supongo que eso es una chanza?

— No, es un servicio que haré á Vd. si lo desea.

— Está bien, pero entretanto principiaré por confiscar toda esa caza como prueba del delito.

Y al decir esto, el noble quiso apoderarse del zurrón, que le estaba dando la mayor envidia.

— No podria Vd. llevársela, porque pesa mucho, repuso el Emperador; de modo que mi compañero cargará con ella hasta su casa, si no es léjos.

— No, á quinientos pasos de aquí, detrás de aquella cuesta.

— Pues vamos andando.

Cinco minutos despues, los perros de un caserío contiguo anunciaron la vuelta de su amo por medio de alegres ladridos.

Una señora de unos veinte años rodeada de una porcion de niños, estaba calentándose en una buena chimenea en una sala baja de la morada del noble anciano.

— ¿Qué tienes, amigo mio? le dijo al descubrir en su fisonomía un ceño de ira.

— Son estos pillos que toda la noche han estado cazando los

gallos silvestres que tenia yo reservados para celebrar el bautismo del recién nacido.

En aquel momento el Emperador fijó los ojos en una cuna donde se veía un niño rosado como una manzana, que estaba durmiendo con una sonrisa de ángel.

— ¡Qué bonito niño! exclamó el monarca.

La madre le dió las gracias con una mirada y una suave sonrisa, y dirigiéndose á su marido, le suplicó que hiciera sentar á aquellos caballeros.

— ¡No faltaba mas, sino que almorzaran con nosotros! repuso este con un gruñido sordo.

— Pues es claro, no habia pensado en ello; estos caballeros deben tener hambre, puesto que han estado cazando toda la noche.

— ¡Sí, mis gallos silvestres! No se morirán de indigestion, si no almuerzan mas que lo que yo les dé.

Durante este diálogo, el Emperador y su oficial se habian sentado al lado de la joven, la que, no obstante el mal humor de su marido, llamó á una criada, y la mandó que sacara algunos fiambres. El Emperador la habia seducido con el elogio que hizo de su niño; ya se ve, ¡se necesita tan poco para llegar al corazón de una madre! El marido no tuvo mas remedio que sentarse á la mesa, pero poco á poco dejó de fruncir el ceño, hasta que al cabo, ayudado por el vino, volvió á su buen humor acostumbrado. A los postres, tendió la mano á los convidados, y, á ruegos de su mujer, les prometió que no se quejaria al Emperador, como habia dicho ántes.

— Mil gracias, dijo Francisco José, y para probar á Vd. mi gratitud, voy á pedirle otro favor.

— ¿Cuál es?

— El de que me permita ser padrino de ese niño.

— ¡Está aceptado! exclamó la joven alargando una mano al Emperador, que este estrechó en las suyas.

— ¿Y cuándo es el bautismo?

— El domingo que viene.

— Si no se opondrá á ello el servicio de S. M.

— ¡Oh! en cuanto á eso no hay cuidado; el domingo próximo volveré con dos ó tres amigos; y, á propósito, ¿la madrina será bonita?

— Será una hermana mia que espero de Praga.

— Si se parece á Vd. debe de ser encantadora.

La joven volvió á dar gracias con otra sonrisa tan graciosa como la primera.

Fácil es figurarse la sorpresa y contento de aquel noble cuando al otro domingo reconoció al Emperador en la persona del cazador delincuente.

— ¿Me perdona Vd. la caza de los gallos? le preguntó Francisco José.

El noble se echó á sus piés, pero el soberano le levantó, diciendo:

— El padrino del niño viene á escuchar su queja de Vd. al Emperador de Austria.

En las deplorables circunstancias del atentado contra su persona, el Emperador dió pruebas de mucho valor y sangre fria; sus primeras palabras fueron las siguientes: «No asustéis á mi madre.»

En el momento en que escribimos estas líneas, ya el Emperador se halla fuera de todo peligro.

MARIANO URRABIETA.

Proyecto de decoracion monumental

PARA EL CORONAMIENTO DEL ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA.

El Arco de triunfo de la barrera de la Estrella, dedicado por Napoleon al grande ejército, comenzado en 1806, hecho hasta 1814 en sus dos terceras partes de elevacion, abandonado por la Restauracion, y terminado por el gobierno de Luis Felipe en 1833, aguarda desde entonces la decoracion monumental que debe formar su coronamiento. No han faltado proyectos, pero proyectos disparatados, hijos de las circunstancias mas diversas. Uno de los que últimamente ha tenido alguna probabilidad de ser aceptado, consistia en poner encima del Arco de triunfo un águila gigantesca de bronce, con las alas extendidas. Esta decoracion tenia una ventaja que sellaba el monumento y le daba una significacion imperial, porque el águila es para nosotros el símbolo del espíritu aventurero de conquista, como el gallo es el símbolo ménos poético, pero mejor elegido, del espíritu nacional, que vigila, pero que no provoca. Agradaba además por su sencillez y su falsa grandeza, y ha debido ser desechado porque tenia un defecto capital: el de perjudicar las proporciones y rebajar miserablemente la construcción tan grandiosa, y que cuenta como uno de sus méritos su enorme masa. Lo accesorio se convertia en lo principal, el ave era el objeto dominante, el Arco mismo se reducía á una percha.

Un proyecto mejor concebido y mas vasto acaba de ser elaborado, y su modelo ejecutado en pequeño en el taller de escultura del señor Barre, es el que ofrecemos á nuestros lectores. Los autores de este proyecto han partido de un principio justo, tantas veces violado por los arquitectos en la construcción de nuestros monumentos públicos, á saber, que todo edificio, como toda obra de arte, y toda producción de la inteligencia, debe tener su sentido, su encadenamiento y su conclusion lógicos. Por eso, para el Arco de triunfo de

la Estrella se han aplicado á manifestar el pensamiento imperial que debe emanar de él. En un país que cambia á cada paso de gobierno, y en donde todos se consagran á borrar las huellas de su predecesor para imprimir las suyas, trasformándolo todo, y confiscando en su provecho las creaciones anteriores, es una casualidad que el Arco de triunfo comenzado en 1806 y concluido veintisiete años despues, haya podido casi conservar el pensamiento de su fundador. La Restauracion desató inscribir en él su gloria militar, no pareciéndole esta puerta gigantesca demasiado grande para el héroe del Trocadero. Pero fuera modestia, ó fuera por otra cosa, el duque de Angulema no ha dejado rastro tan grandioso de su paso por la tierra. Encargada la revolución de Julio de pagar una gran parte de los gastos del triunfo que se habia decretado el Imperio, no le reservó exclusivamente la gloria, y la hizo extensiva á 1792, fecha de buen recuerdo y que estimaba ella, porque le recordaba la batalla de Jemmapes. El Arco de triunfo fué convertido de este modo en monumento nacional de la gloria del ejército francés durante la República y el Imperio, quedando siempre en la imaginación del pueblo la creación napoleónica como símbolo destinado á recordar su poder. ¿Es lícito emanciparse de la dirección de la opinion pública, cuando se trata de una decoracion en que el edificio debe hallar su significacion mas elevada? En lugar de abstractas y vagas creaciones mitológicas, como Clio, la Fama, la Gloria, etc., un nombre conocido de todos, un héroe popular debe brillar en la cúspide del monumento.

Sobre el zócalo que domina el ático, habrá, á la manera de los antiguos, una cuádriga, un carro con cuatro caballos lanzados en el espacio; dentro del carro el gran capitán del siglo, Napoleon. Los autores del proyecto colocan junto á él dos figuras alegóricas, la Fama, y la Victoria que lo corona. Estas figuras no perjudican la inteligencia, pero no le añaden nada, y mas bien están allí para hacer bulto y equilibrar la composicion. Tomado del arte de la antigua Roma, y nuevo entre nosotros, se colocan cuatro estatuas ecuestres en los cuatro ángulos de la plataforma. Esta escolta de honor del héroe, subordinada como línea al grupo, impide su aislamiento en el espacio, sirve para diversificar el aspecto del monumento, y realzar su fachada posterior en frente de la avenida de Neuilly, efecto fatal de una orientacion única. De esta manera los dos ginetes que dan la cara á la avenida, impiden que el Arco de triunfo tenga la apariencia de dar la espalda á los que llegan por la parte exterior.

La figura de la Victoria, medio vuelta hácia atrás, contribuye también, por su parte, á esta cortesía artística. Todo está tan bien combinado como es posible para el agrado del aspecto, pero no basta. Hubiera bastado en Roma, que se contaba con poner simples soldados en la cima de sus arcos de triunfo, pero nosotros los modernos no soportariamos estas cuatro figuras si fueran comparsas anónimas, caracoleando en su sitio, como los ginetes del circo de Franconi, para el buen efecto de la escena. Los autores del proyecto no han tenido tal intencion, y han dado pruebas de novedad en el conjunto y en su concepcion, queriendo que estas cuatro figuras contribuyeran á expresar mas fácilmente la potencia dominadora del triunfador, y á este fin han puesto en su programa las cuatro monarquías creadas por él en favor de tres de sus hermanos, y uno de sus compañeros de armas, mas tarde su hermano político. ¿No es, en efecto, una manifestacion del poder extraordinario de este hombre la distribucion á hombres nuevos de reinos que él cortaba con su espada en las monarquías de Europa? El domina desde lo alto del carro de triunfo, y está rodeado de un acompañamiento de reyes. — ¡Conocido será por este signo! — Estos reyes llevan, además, las insignias de su poder; uno el globo, otro el cetro, los dos restantes la mano de la justicia y el baston de mando.

Separémosnos un poco de la moralidad y la conclusion histórica de la epopeya, aceptémosla en su espléndida unidad en una época, y reconocemos que no se podia trazar mas sencillo y artísticamente el proyecto de decoracion napoleónica. Para concluir, los autores del proyecto disponen en un círculo al rededor del Arco las estatuas de doce mariscales del Imperio, gefes ilustres que cooperaron á las conquistas de Napoleon, y libraron tantas batallas en provecho suyo. Es preciso reconocer que si se ejecuta este proyecto constituirá un conjunto grandioso, rico y espléndido, concebido con unidad.

La magnífica entrada del oeste de Paris tendrá una pompa monumental en armonia con el célebre período que representa. Y si en vez de mutilar ó trasformar sus monumentos al compás de sus mudanzas políticas, se resigna la Francia á conservarlo como uno de los mojones que señalan su carrera, esta suntuosidad de otra época quedará como recuerdo deslumbrador de sus virtudes guerreras, aun cuando dos pueblos, luchando tenazmente y con mejor provecho con la naturaleza, no quieran gastar sus fuerzas en pugnas estériles y perniciosas, persuadidos cada vez mas que la mejor de las conquistas es el adelanto de cualquiera industria, y meciéndose con la esperanza de la paz universal futura, tan inútilmente predicada hasta hoy por hombres sabios. Los conquistadores la han impuesto hasta hoy á cañonazos á las naciones temporalmente fatigadas; en lo sucesivo, máquinas formidables se la imponen á la actividad del mundo, que surcan en todas direcciones con la rapidez del relámpago.



Por lo demás, cuando la gloria funesta de las armas sea tomada en su justo valor, el Arco de triunfo de la Estrella, destinado a perpetuar su memoria, tendrá, aun en medio de su fausto vano, un lado moral, una lección que se asociará bien á la sabiduría del porvenir. Porque esta brillante y triste epopeya de nuestra historia moderna está inscrita en sus cuatro relieves. El primero representa la *Partida* (depart), entusiasmo patriótico de los pueblos, que van en masa á las fronteras amenazadas por la coalición. — El segundo, el *Triunfo* del jefe militar en quien se personifica la nación (1810). — El ter-

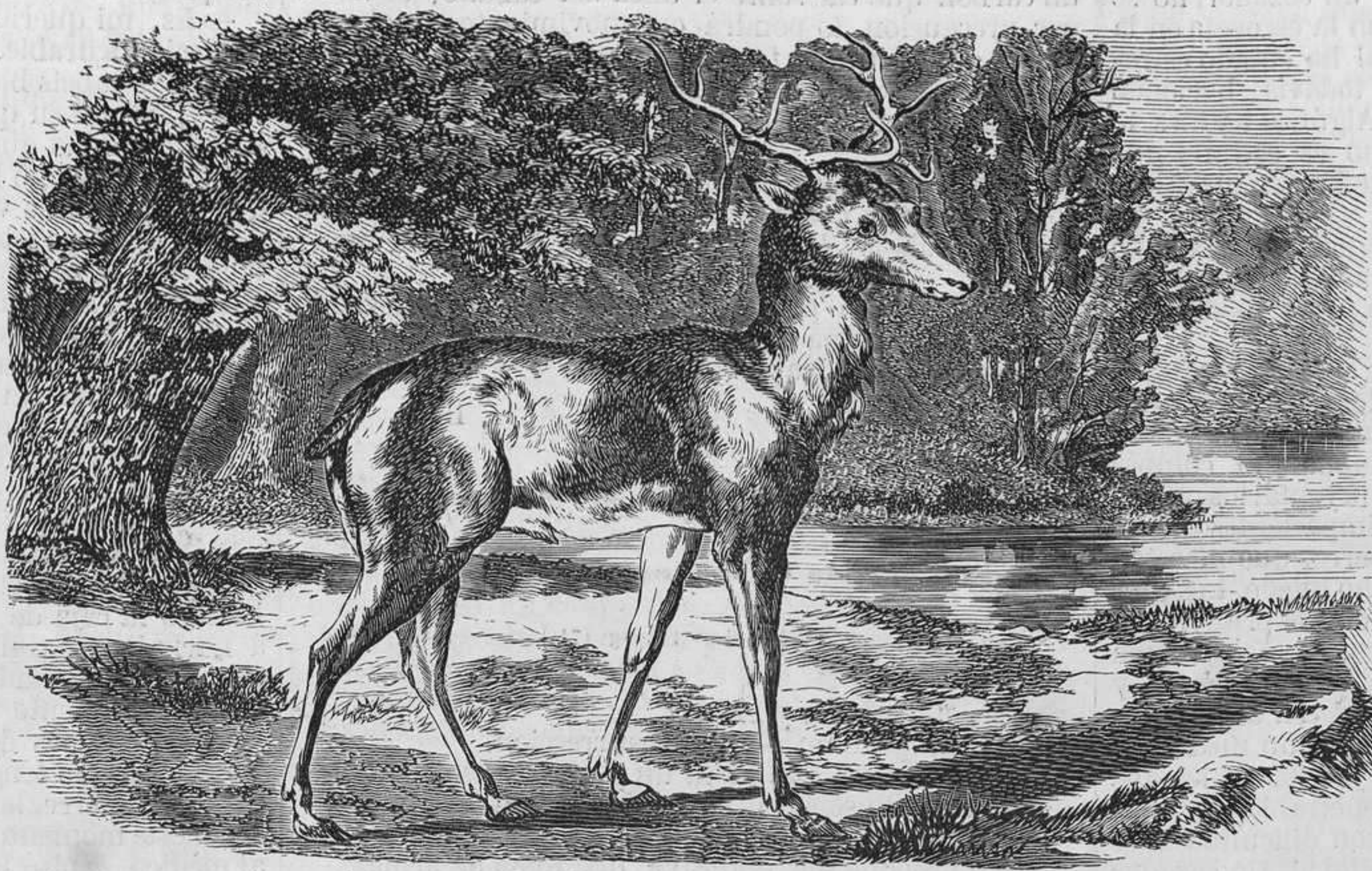
cer, la *Resistencia* (1814), cuando de los confines de la Europa, á donde había llevado el terror de sus armas, violentamente arrollado, se tiene que encerrar en el territorio francés, que no pudo libertar de la invasión, ni de su ruina. — El cuarto, en fin, es la *Paz*, término de todos estos males, pero la paz de 1815, no conquistada, sino impuesta, paz que pesa todavía como una humillación en la memoria entristecida de la nación francesa, cuyo abatimiento sellaba. ¡Deplorable liquidación de la gloria! Tanta sangre vertida, tantas devastaciones, tantos desastres... por un poco de ruido!

A. J. DU PAYS



Proyecto de decoración del Arco de la Estrella.

La caza del ciervo en Mobile (Estados- Unidos).



Ciervo.

A 60 millas N. O. de la ciudad de Mobile, en la frontera del estado de Missisipi y Alabama, existen bosques inmensos de pinos entrecortados por largas sábanas que cruzan un riachuelo formado con las aguas que destilan las colinas circunvecinas, y cuyas aguas dan a la vegetación una frondosidad desconocida fuera de las latitudes tropicales. A uno y otro lado, y aun en medio del riachuelo se levantan en mucha cantidad cipreses, laureles, tulipanes, álamos, magnolias, etc., mezclados unos con otros, y enlazados por lianas, que tienen por partes mas de cien varas de longitud. De estas lianas, muchas están llenas de espinas, y otras son venenosas al tacto. Naturalmente se imagina que es un asilo impenetrable, donde todos los animales salvajes, como el lobo, el ciervo, el zorro, y algunas veces el oso y la pantera hallan su subsistencia y un abrigo contra los ataques siempre crecientes de los americanos.

Por efecto de la naturaleza del suelo, y la falta de comunicacion, estos pinares existirán largo tiempo inhabitados. En las laderas el terreno es de una arcilla guijarrosa que no soporta mas que abetos enormes, y algunas encinas que viven con pena bajo aquella bóveda.

Las vertientes se componen, la mayor parte del tiempo, de una tierra resbaladiza y húmeda, sujeta en invierno a frecuentes inundaciones, y cubierta de un pasto poco sustancioso, aunque la yerba llegue algunas veces a la altura de siete pies. Una de estas laderas elegimos para nuestro campamento.

Una vez llegados a través de algunas dificultades que oponen los árboles caídos y otros obstáculos, las tiendas se arman, el fuego se enciende, y despues de una cena compuesta de las piezas muertas en el camino, y antes de tendernos sobre el mullido lecho de hojas secas, cubiertos con una piel de búfalo ó un sencillo cobertor de lana, decidimos por donde ha de comenzarse la caza, y quien ha de ser el driver. El driver es el que dispone la caza y dirige los perros.

Al rayar el día, todo el mundo está en pié.—El tocador no es largo.—Un pedazo de carne asada, algunos bizcochos, café sin leche, constituyen el almuerzo. Las escopetas de enorme calibre están cargadas con doce ó diez y seis balines. Todos llevan en su silla dos correas, el cuchillo de caza en el bolsillo, y un cuerno de buey pendiente de los hombros de un cordón de lana. Este cuerno es el cuerno de caza del país. La partida se divide en dos bandas: la una atraviesa el riachuelo junto a cuya corriente va a verificarse la caza, y que se forma en cuarto de círculo; la otra toma la misma posición, formando así una media luna, cuyo centro ocupa el driver.

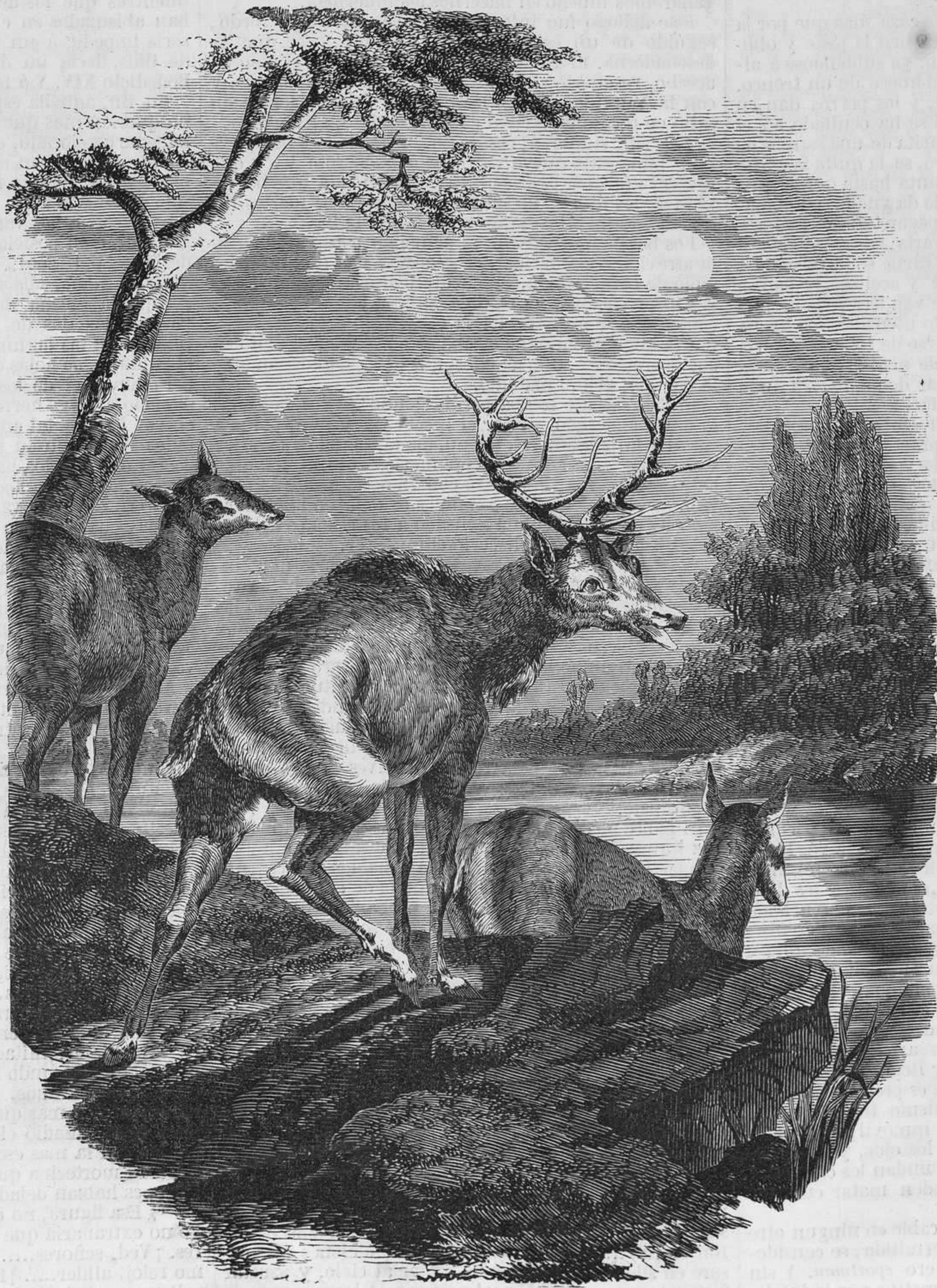
Su oficio es el mas duro, pero tambien tiene mayores probabilidades de tirar, por la posición que ocupa y la colocación que ha dado a los perros. Con efecto, poco tarda en saltar un ciervo, y hostigado por los perros, sale de la espesura donde se abrigaba,—pero que ahora no le deja correr facilmente,—recibe el primer tiro del driver, y si este no lo acierta, otro cazador le sucede, y otros sucesivamente a dos-

cientos pasos colocados. Como el ciervo tiene la costumbre de dirigirse a la colina, sufre el fuego de toda la línea colocada en la parte de donde él ha salido. Ocurre algunas veces que se levantan dos ciervos a la vez, y que huyendo en dirección contraria, permiten a

con una docena de ciervos atados a la grupa de los caballos, ó cargados en uno que ha conducido un negro con provisiones para el alto del mediodía. La partida suele componerse de ocho personas, y si excede este número, suele dividirse en dos, cada una con su driver, tomando direcciones opuestas, y entre las cuales se establecen una natural rivalidad sobre quien volverá con mas botín de la batida.

Los ciervos no viven siempre en lo mas espeso, aunque este sea el sitio mas seguro de encontrarlos. Ocurre muchas veces que el ciervo sale al extremo del ala con mucha sorpresa del jinete que la ocupa, y cuyo tiro, por esta circunstancia, y el asombro del caballo, es de los mas inciertos. Otras, tambien, el ciervo deja pasar al cazador, y se conserva oculto detrás de él. Tirar hacia atrás, revolviéndose en la silla, es un tiro hermoso, pero es mucho mejor el tiro doble que algunas veces se ofrece contra dos ciervos que corren en direcciones opuestas. Para esto se necesita una gran práctica, porque uno de los tiros se tira apoyando la escopeta en el hombro izquierdo. Y sin embargo, la manera mas segura de tirar a un ciervo que desfila por la derecha, es apoyar la escopeta en el hombro izquierdo, porque el caballo no se vuelve muy pronto, ó no se reposa facilmente despues de un movimiento brusco, por bien enseñado que esté a pararse al *chic chic* que hace la escopeta al montarla, porque apoyada en la silla, y presentando sus cañones vueltos hacia un cazador, no se debe montar hasta el instante de tirar.

No es solo el ciervo el objeto de estas cazas; el pavo salvaje es tambien una buena presa y una conquista agradable al cazador. Los perros lo echan como al ciervo, lo obligan a tomar el vuelo, y se le tira sobre los árboles donde se posa. Algunas veces se le ve en las grandes yerbas, y allí es mas fácil de tirar. Pero si no ha hecho mas que herirlo en las alas, toma la carrera y hará pisar tierra al torpe que no ha sabido asestarle el golpe mortal. Los demás animales se muestran raras veces. El gato-tigre es el mas difícil de cazar, haciéndose batir en un gran cuadro durante



Ciervo y Cierva.

dos horas, trepando á los árboles, y animando de tal modo á los perros, que no se le puede obligar á abandonar la persecucion, á ménos que un cazador no se decida á penetrar en la espesura, con la escopeta en la mano, hasta el árbol donde el animal ha subido estrechado por los perros que lo rodean todavía, haciendo un ruido infernal con sus ladridos. Algunos balines lo hacen desalojar muy pronto, pero no es extraño que hinque sus uñas en los perros antes de lanzar su último suspiro.

Este gato tigre es una especie de jaguar, mas pequeño que el de Méjico, pero de buena marca todavía, y de los cuales hay algunos que tienen cuatro piés y medio desde el hocico hasta la cola.

Los lobos vienen frecuentemente junto al campamento durante la noche, con ahullidos capaces de despertar á los siete durmientes, y algunas veces son tan tenaces, que continúan dando su serenata al compás de los tiros que se disparan para ahuyentarlos, hasta tanto que algun cazador de los mas impacientes monta á caballo y sale á perseguirlos. Los perros que no están enseñados á cazarlos, les tienen mucho miedo. Los osos y panteras cada dia son mas raros; de los primeros se matan algunos en los pantanos (*swamps*). Así se llama una porcion de terreno lleno de agua en el invierno, y por consiguiente incultivable, donde crecen árboles gigantes rodeados de lianas colosales de un medio pié de diámetro. Las raices, barrancas y cañaverales que los rodean hacen estos pantanos impenetrables. Solo los perros pueden entrar y hacer salir con dificultad á los osos, que los reciben con poca amabilidad. Un cazador existe que tiene por oficio el surtir de caza el mercado de Mobile, á quien un oso habia herido en el vientre despues de haberle matado dos perros, sin mas medios de defensa que su cuchillo y la carabina, que no tuvo tiempo de volver á cargar, despues de haber herido la fiera, y á la cual venció, no sin pena, y con las heridas que lo tuvieron por espacio de muchas semanas en cama.

La carne del lobo, — que se vende muchas veces, — es una carne mediana, mas grasosa que la del puerco fresco, pero no de tan buen sabor.

El zorro es poco comun, y no se caza mas que por la noche, con perros pequeños que siguen la pista y obligan al animal á buscar un refugio, ya subiéndose á algun árbol, ya escondiéndose en el hueco de un tronco. Si ha trepado, se derriba el árbol, y los perros dan en cuatro dentelladas cuenta de él; si se ha ocultado en el hueco de un árbol, se corta una varita de una especie de avellano, cuyo jugo es muy viscoso, se le quita la corteza, y se introduce en el hueco la punta hasta que se nota que toca al animal; entónces se le da vueltas en la mano, y los pelos largos y sedosos se pegan tan fuertemente á la varita, que se puede, al retirarla, sacar con ella á la bestia viva y sin heridas. Su carne se puede comer teniendo mucho apetito; es fuerte y aceitosa, y hace á veces el regalo de los negros, que van á cazarla de una manera extraña, llevando por todo utensilio una hacha y una tea de resina. El mejor recurso de los zorros seria trepar á árboles gruesos, difíciles de abatir, pero, ¡cosa singular! siempre escogen los mas delgados, sin duda porque pueden encaramarse mas fácilmente.

Otra caza muy singular, y sin embargo muy destructiva, y por esta razon muy practicada por los cazadores de oficio, es la caza del ciervo hecha por la noche con luz artificial, generalmente por dos personas, á pié ó á caballo. Si á caballo, uno de los ginetes lleva una escopeta y la madera de resina cortada en pedazos pequeños para alimentar la tea. El papel de este es secundario, no hace mas que ayudar al compañero, á quien sigue paso á paso. El otro ginete, el que abre la marcha, lleva una sarten sujeta fuertemente á un pedazo de madera que lleva sobre el hombro, y cuya punta, en forma de mango, sobresale del cuerpo cerca de dos piés, llegando al alcance de la mano derecha, extendida al nivel del hombro; con la izquierda tiene las riendas del caballo. En la sarten pone la madera de resina encendida en cantidad suficiente para tener una luz viva, que se encuentra á la altura de la cabeza y dos ó tres piés detrás de ella con corta diferencia. De este modo recorre los parajes donde cree que podrá encontrar los ciervos, agitando continuamente la sarten de derecha á izquierda, para alumbrar un espacio de sesenta pasos próximamente; si un ciervo la ve, la luz lo deslumbra, y en lugar de huir se queda mirando fijamente la tea, que se refleja en sus ojos, y les da el aspecto tan conocido de los del gato en la obscuridad. Este es el momento crítico del cazador. Un ruido muy pronunciado, una palabra pueden romper el encanto y desatar las piernas del animal, un instante fascinado. Pero el cazador sabe el oficio, y una ligera señal basta para advertir á su compañero, que se acerca con tiento y le entrega la escopeta ya montada. Una vez apoyada el arma sobre el hombro, aparta la sarten algunas pulgadas, de manera que pueda hacer llegar la mano derecha junto á la plancheta, porque es preciso mantener la tea en evidencia, y tirar al mismo tiempo con la misma mano. El animal continúa inmóvil, el cazador apunta á tres pulgadas debajo de los ojos, y deja seco al ciervo herido en el pecho. Si abundan los ciervos, y la noche es muy oscura, se pueden matar cuatro ó cinco.

Esta caza singular no seria practicable en ningun otro país. Aun suponiendo que fuera permitida, se consideraria quizás indigna de un verdadero *sportman*. Y sin embargo, esta caza tiene mucho atractivo por la inteligencia que requiere, por el cuidado que se debe tener de que el caballo no haga un ruido repentino para

dar el movimiento necesario á la tea, cosas todas para las cuales es preciso tener mucha práctica. Tan pronto un carbon que cae sobre el anca del caballo, cubierta por precaucion, lo pondrá en movimiento en el momento de ir á tirar; tan pronto una rama que se troncha espanta el animal; una multitud de contrariedades se presentan al novicio, y contribuyen á sostener sus deseos.

La caza á pié es absolutamente igual. La diferencia consiste en que, como hay mucho espacio que recorrer, el caballo ahorra la fatiga, y sirve despues para llevar la caza.

Un cazador de profesion va tambien solo, llevando la sarten, la resina y la escopeta, pero esto mas que cazar es trabajar, cazar para vivir.

E. E.

Un arresto en las lagunas Pontinas.

(Véase el nº 11, pág. 174.)

— Sí, el genovés, y ¿bien?
— Me propone un plan de insurreccion.
— Yo prefiriera que fuera un plan de ensalada.....
— Que tonto sois, querido amigo, escuchad pues.
— Ya abro las orejas.....
— Me propone una tentativa, una toma de armas.
— ¿Contra quién?
— ¡Caramba! no contra los búfalos de estas montañas, cuyos mugidos estais oyendo.....
— Pues justamente, quisiera yo que fuera contra estos inocentes animales.
— ¿Porqué así?
— Porque al ménos, tendríamos la posibilidad de conservar nuestro pellejo.

— En ese caso, creéis.....
— Que lo que se os propone es imposible, y que todos ganaremos mucho en hacernos los muertos.....

Este diálogo fué interrumpido por un golpe sordo, seguido de un estallido como de una caja que se descuaderna. El genovés, que tenia el ojo y el oído en acecho, reconoció al punto que era una de las suyas, y con la velocidad de un leon herido, fué á caer de un salto en medio del grupo de los bandidos, gritando:

Alto ahí, signori; ¡peste! no teneis las manos muertas; ¡una caja nueva!..... de palo de rosa..... y que conserva además de la polilla..... ¡una caja que ha venido de las Indias, un diablo! treinta pesos fuertes me ha costado..... Abridla, que ahí teneis la llave.....

Los bandidos quedaron al principio estupefactos con la atrevida reclamacion del genovés. Era casi un principio de insurreccion. Procuraron ahogar sus gritos y sus imprecaciones tapándole la boca con un sombrero cónico que le pusieron en la cara. Pero como la resistencia que oponia, amenazaba comprometer el éxito de sus operaciones, uno de ellos, que parecia que mandaba la partida, grito: matadlo.

El desgraciado estaba perdido; uno de los ladrones lo habia agarrado ya por el pescetezo, y se disponia á cortar la palabra de una puñalada, cuando su mujer vino á su socorro, estrechó fuertemente al bandido entre sus brazos, lo abrazó con frenesí, y le pidió la vida de su marido. Los bandidos se dejaron ablandar; pero un golpe de culata aplicado á los riñones del recalcitrante acabó por hacerlo enmudecer.

Los bandidos estaban perplejos. Como abrir una cincuenta de baules y sacos de noche. El que habia registrado la mayor parte de los bolsillos, y recogido las llaves, recordando que habia encontrado un manojito considerable de ellas en los del médico Bertch..... recurrió á su amabilidad para que las aplicara á las cerrajas y candados. Impaciente con la lentitud del médico para prestarse á la invitacion, el bandido lo cogió por el cuello de su frac, lo levantó del suelo y lo puso en pié, de la manera que lo hubiera hecho con una muñeca; despues, poniéndole las llaves debajo de las narices, le hizo señal de dirigirse con presteza á abrir el equipaje.

El pobre médico, con un gesto dulce, y un tono de voz humildísimo se esforzaba en explicarle en francés, que las llaves no abrían mas que muebles que él tenia en Paris; que entre aquella baranda de equipajes solo una caja era suya, la cual ya probablemente estaba vacía. El malandrín, imaginando que se negaba á abrir sus baules, tomó de su cintura una pistola, que le puso en la garganta, mientras que otro bandido le descargaba culatazos en los omoplatos, amenazándole con cosas peores. Las amenazas podían acarrear funestas consecuencias al médico, y á riesgo de hacerse matar, intervino en el debate que, segun la exclamacion del pobre Esculapio, amenazaba sus costillas con completa dislocacion. Algunas palabras hicieron cesar aquel error. El médico fué restituido á su sitio, y vuelto á ser tendido en tierra. En seguida, los baules fueron abiertos á hachazos, y desocupados en medio del camino, sin mas precauciones.

El desgraciado médico se entregaba á las mas abominables especulaciones filosóficas sobre la fatalidad, el sino, etc. Y á las cuales, por su parte, respondia el baron de Hoy.... con una letania de maldiciones que pasaré en silencio por temor de irritar al cielo, y asustar á mis lectores. Acababa el primero de lanzar uno de esos formidables juramentos que arranca un violento dolor, cuando desapareció de nuestra vista bajo una

capa de pastor que le echó encima un bandido para ahogar su cólera. Estuvo un momento muy inquieto, y me preguntó la causa de aquella nueva vejacion.

— Es, mi querido académico, para libraros de una oftalmia incurable. Es el aire de las lagunas Pontinas, es, como sabeis bien, muy mal sano, y esos caballeros tienen interés en que conserveis las niñas de los ojos.

— En verdad que son muy corteses y delicados; pero me parece que no hubieran hecho mal en taparos para que conservarais vuestra lengua viperina.

— Y diciendo esto, hacia esfuerzos inauditos para quitarse la capa peluda y punzante que le cubria la cabeza, aunque sin dar señales de irritacion.

— ¿Médico? dijo Leon Berth....

— Que es ello, señor hacendista.

— Déme Vd. un polvo para matar el tiempo.

— Que se lo dé el diablo.... pero no, esperad un poco, querido amigo.... Yo creo, Dios me perdone, que no ha metido las narices mas que en un bolsillo....

— ¿Quién, el diablo?

— No, el bandido que me ha registrado, y despojado. Y con efecto, con precauciones inauditas, sacó del bolsillo la caja de rapé de Toulou, tomó un buen polvo á nariz llena, con una larga y voluptuosa aspiracion, que solo los tomadores de gusto pueden apreciar, y la pasó incontinentemente á Leon Berth....

— Yo soy mas desgraciado que vos, dijo el baron de Hoy.... Yo no tengo mi reloj; esos señores se han encargado de arreglarlo mañana con el sol.

En este momento, uno de los bandidos que pasó junto al médico, le pisó las piernas, y estuvo á punto de caer.

— Está escrito que yo deba ser demolido á pedazos. Esos bribones me han roto las costillas y golpeado el pecho, y por añadidura me pisotean ahora mis pobres canillas.

— Quizá las quieran para cañones de pipas, replicó el baron. Y nuestro buen médico, medio dislocado, conservaba entre todos nosotros la mas cordial alegría. Mas de una vez durante aquella escena de devastacion, nos retorcimos con las convulsiones de una risa inextinguible. A cada instante encontramos nuevos motivos de zumba, mientras que los demás, los ingleses sobre todo, estaban abismados en el estupor mas profundo. Imposible seria impedir á un francés que se ria, ni aun delante de Dios, decia un dia el mas espiritual de los papas, Benedicto XIV. Y á fé, á fé, que tenia razon.

En fin, aquella especie de agonía cesó. Los bandidos no querian mas que el dinero y las joyas. Despues de haberse cerciorado, con un nuevo registro de bolsillos, de que no dejaban nada ni sobre nosotros, ni en nuestros baules, llamaron al conductor de los vehículos, y uno de ellos le dijo.

— Nosotros nos vamos. Esos caballeros y esas señoras guardarán su posicion horizontal un cuarto de hora... despues del cual, podréis libremente continuar el viaje.... *Addio, signori*.

Aquella escena de pillaje duró desde la una hasta pasadas las dos de la mañana. Un silencio lúgubre reinaba en las lagunas Pontinas. Solo se oía á lo lejos el ruido de las hojas que agitaba la brisa fria, que venia del mar, y el de los caballos que golpeaban inquietos el suelo con sus herraduras. Los ladrones se hablaban en voz baja; y tal era su aprension, que parecían asustados hasta con su mismo ruido. Mas de una vez oí decir al jefe de los bandidos con acento desagradable: «creo que me he engañado, debían ser solamente dos, y son tres.....» Poco valor di por el pronto á aquellas palabras, cuyo sentido no comprendia, pero que nos iba á ser al punto revelado. Aquella noche ha quedado profundamente grabada en mi memoria; yo la recuerdo como si fuera la de ayer. ¡Todavía me pregunto hoy si no estoy bajo la impresion de un sueño lleno de pesadillas, y si es realmente posible que cinco bandidos hayan podido detener tres carruajes y desvalijar á veinte y tres personas!

Al cabo de un cuarto de hora nos levantamos todos, con los miembros entumecidos por el frio y la humedad. Alguno de entre nosotros adquirió la fiebre *del mal aire*.

Renunció á describir las angustias y la desesperacion de la mayor parte de los viajeros. Todos, mas muertos que vivos, recitaron en diez minutos mas, «Padres nuestros y Ave Marías» que no habian recitado quizá en toda su vida. Invocaban á todos los santos del cielo, y pedian para los bandidos el fuego y las calderas del infierno. En aquel concierto de imprecaciones, no eran los postillones los menos vehementes; pero por mi parte, yo sabia cuanto valia aquella indignacion. No ignoraba que la mayor parte de los postillones de Fondi y de las lagunas habian sido los auxiliares mas útiles y activos de los bandidos, con los cuales dividian el botin, sin aventurar en el trance su cabeza.

Jacobo, nuestro conductor, se acercó á mí, y mitad en napolitano, mitad en romano, intentó probarme como todo el mundo habia hecho muy bien en estarse quieto: debieramos, decia, dar gracias al cielo de no haber perdido mas que el dinero y las alhajas; «eso es poca cosa, añadió él.» El médico lo examinó algun tiempo con la mas escrupulosa atencion á favor de una claridad mortecina que arrojaba una linterna, que los ladrones habian dejado encendida en el camino.

— ¿Esa figura, no es la de un pícaro rematado? Yo no extranaria que fuera compadre de aquellos señores. ¡Ved, señores.....! trae los mismos sellos, el mismo reloj, alfiler..... ¡Eso salta á los ojos!

Despues, dirigiéndose á aquel hombre, le dijo: — Amigo mío, ofrecedme un polvo, si teneis.... El mio ha caído en manos de aquellos señores. El con-

ductor, aunque no entendiera la lengua francesa, comprendió sin embargo por la palabra tabaco, y el gesto expresivo, muy conocido de los tomadores, que le hizo el médico, que este le decía que pusiera su caja de rapé á su servicio.

— ¿Qué decía yo, señores? continuó el médico con reconcentrada cólera; es evidente que este hombre ha tenido parte en la emboscada, de que hemos sido víctimas.... ¡deberíamos para escarmiento hacer con él un auto de fé!

Yo hice signo al doctor de que sujetara su lengua. Hubiera sido muy expuesto expresar muy alto sus sospechas, no estando aun los salteadores muy lejos de nosotros; y Jacobo podía muy bien hacernos matar para destruir las pruebas vivas de su traición. «Solo los muertos saben callar.» dice un proverbio.

Todos teníamos pérdidas que deplorar, mas quizá por los recuerdos que encerraban los objetos robados, que por su intrínseco valor. Los unos habían perdido sumas considerables, otros mas pequeñas, pero con ellas habían ido tambien algunas joyas. El médico perdió el reloj, la caja del rapé y mil escudos de oro. Nuestro estudiante algunos pesos y el reloj, y sin embargo suspiraba como un fuelle de órgano. El médico, irritado de verlo en aquel estado de tristeza, lo apostrofó muy duramente:

— ¿Qué teneis? le dijo, teneis el aire siniestro de una puerta de cementerio, y lanzais unos suspiros capaces de descornar á todos los bueyes de la Romaña.

— ¡Ah, señor! me han robado el único objeto que tenia gran valor á mis ojos.

— ¡Par diez! no vayais á perder la cabeza por la pérdida de un reloj!

— Mi reloj, señor, mi reloj, es la única cosa que yo siento.

— ¿Porque lo sentis de esa manera?

— ¡Lo que me aflige, es un cordón de que pendia, echo con cabellos!.... ¡un recuerdo!.....

— ¡Bien! dijo el médico riendo, si no es mas que eso, la que os lo dió, tendrá el alma muy poco delicada, cuando sepa vuestras desgracias, si no os ofrece otro inmediatamente.....

— ¡Pobre Fanny!!

Aquellas palabras fueron pronunciadas en voz tan baja, que apenas las oímos.

Mientras que los cocheros corrían detrás de los caballos dispersos por una y otra parte, nosotros levantamos el único carruaje que habia sido volcado, no se porqué, ni cómo. Hecho esto, que ya era algo, quedaba otra cosa mas difícil que hacer, la de reconocer los equipajes. El clown Auriol, andando encima de los cuellos de botellas sentirá menos dificultad que la que sentíamos nosotros para deshacer aquel revoltijo de atavíos. Figúrese el lector un vasto almacén azotado por un huracán, y tendrá una idea, aunque incompleta, del desorden y la confusión que reinaba en nuestro equipaje, sembrado en una extensión de mas de cien pasos. Los unos buscaban una camisa por un lado; otros un calcetín por el opuesto; este no hallaba su maleta, aquel veía su sombrerera flotando en el canal; cofias á derecha, zagalejos á izquierda; aquello era un laberinto inescrutable.

El equipaje de dos ó tres viajeros puede rehacerse, apesar del enojo del rebusco, sin mucho embarazo, pero se trataba del de una veintena de personas. Todo el mundo hablaba á la vez, corría de una parte á otra, rechazaba á distancia los objetos que no reconocía como suyos. Era imposible entenderse, y no se adelantaba nada, cada uno murmuraba y maldecía en su lengua de las lagunas Pontinas en voz alta, y de los bandidos en voz baja.

Por medio de un farol colgado en una de las ruedas de un coche y su luz, íbamos á reconocer la naturaleza y las marcas de los objetos que venían á nuestras manos, y que hubiera sido imposible reconocer de otro modo en aquella obscuridad.

Aquel examen amenazaba durar veinte y cuatro horas; y tal género de ejercicio gimnástico no me hacia malita de Dios la gracia. Una idea me ocurrió: la de reunir todo el equipaje disperso, y la de hacer tantos montones como objetos diversos se encontraran. Así se simplificaría necesariamente el trabajo.

Pedí un momento de silencio, y Jacobo explicó la proposición, que fué aceptada por unanimidad. Diez y ocho categorías se formaron, poniendo separadamente los objetos de hombre y mujer.

Evidentemente hubo mucha lentitud. Entre los hombres habia maridos que acudían á su mujer, á cada trapillo que les caía en la mano, para examinar la marca.

Cuando ví á todos mis compañeros entregados al rebusco de sus efectos con laudable ardor, me fui, sin decir palabra, á sentarme en la orilla del camino, quince pasos detrás de los carruajes, al borde del canal, y allí encendí un cigarro.

Tres cuartos de hora habia que estaba echado sobre mi capa, cuando vino el médico á decirme:

— ¡Y bien! bibliómano, una hora hace que ando buscándoos.... Que haceis ahí.... Ved este elzevir de gran márgen. Esto debe ser vuestro.

— ¡En efecto! *Las mujeres galantes* por Brantome....

— ¡Peste! ¡*Las mujeres galantes!* nada mas que eso para divertirnos!

— Que quereis, querido médico, yo estudio arqueología.....

— ¿Me diréis, por fin, qué haceis aquí? ¡Dios me perdone! ¿Estais fumando como el pachá del Negroponto, cuando todo el mundo se desescriba por reunir los cal-

setines vagabundos que se pasean por el camino real? — ¿Qué hago? lo que acabais de decir, fumo y aguardo.

— ¿Qué aguardais? ¿Habriais, por ventura, hecho un descubrimiento arqueológico en esa caja antediluviana, que nos ha traído hasta aquí?

— No, mucho mejor que eso; descanso de las fatigas que los demás se están dando. Aguardo que se acabe la gimnástica y el sorteo. Lo que quede en el suelo, no pudiendo ser sino mio, me aborrrará el trabajo de examinarlo, y buscarlo. No tendré mas que hacer, que recogerlo y meterlo en cualquiera cajon que quede.

El día comenzaba á apuntar, y se estaba volviendo á poner el equipaje en los carruajes, cuando oímos á lo lejos, por la parte de Terracina, el ruido de uno que venia á galope. Por la noche, y en aquellas soledades, la sonoridad es tal, que los ruidos mas pequeños se transmiten á muy largas distancias. Al cabo de un cuarto de hora, dos carruajes, una berlina y un furgón, se detenían delante de nosotros, embarazados por las cajas amontonadas por una y otra parte. Un hombre, cubierto con un casquete escocés sacó la cabeza fuera de la portezuela, y se informó de la causa que nos retenia á semejantes horas en aquel punto de las lagunas Pontinas. Eran el duque y su mujer, que habian pasado la noche en Terracina. Teniendo tiempo de sobra, y no necesitando mas que ocho horas para llegar á Roma, no habian juzgado prudente atravesar de noche las lagunas.

Al ver los carruajes del duque, recordé las palabras del bandido: *son tres, y debian de ser dos*. Se lo comuniqué al duque, el cual, en cambio, nos refirió la escena de Fondi. Su correo nos contó que en todas las postas habia observado el aire preocupado, estraño de los postillones, que se hablaban al oído. La duda no era posible: el duque habia sido señalado desde Nápoles, y él era el esperado en las lagunas Pontinas, para despojarlo de su preciosa caja; en su lugar, y por un error fatal, habíamos sido nosotros los robados.

Las cinco de la mañana eran, cuando nos volvimos á poner en marcha, y á las nueve de la misma llegamos sin nuevo accidente á Cisterna. Largo rato habia que nuestro estudiante habia cogido el sueño, y por mas esfuerzos que hicimos, persistió en permanecer en el coche. A esta edad, dijo el médico, el pesar no es muy duradero. ¡Vamos á almorzar! ¡Quién duerme, almuerza!

Al entrar en el comedor, la primera persona que encontré en él, fué la dama del sombrero blanco, que habia tomado en Mola asiento en nuestro departamento, y con la cual, habia tenido Julio M., si no se ha olvidó el lector, un coloquio galante de los mas animados, interrumpido por los bandidos de la manera mas brutal. Apesar mio, y como arrastrado por un poder invencible, di una terrible carcajada, que admiró á todo el mundo. El médico, y el baron, no comprendiendo la causa, parecían inquietos, suponiendo ya que los sucesos de la noche me habian predispuesto á un ataque de locura.

El médico me cogió la mano, me tomó el pulso, é hizo con la suya un movimiento que parecia decir: no entiendo nada.

Mas tranquilo, en fin, pude explicar la causa que habia producido en mí aquella explosion de risa, que habia inquietado á todo el mundo. Conté lo que habia visto y oído por la noche, al salir de Terracina, y lo que condenaba ahora al estudiante á conservarse hasta Roma con los ojos cerrados, sumido aparentemente en el mas profundo sueño. En seguida fuimos á almorzar.

Todos los habitantes de la fonda, y los de la ciudad, se hallaban en las puertas y ventanas, no sabiendo explicarse la causa del retraso. Los caballos ensillados, y con los arneses puestos, juntamente con el almuerzo, nos aguardaban hacia ya muchas horas. Al momento nos vimos rodeados y abrumados de preguntas y cumplimientos de parabien y sentimiento. Enviábanse á los mas atroces suplicios á los bandidos que nos habian robado; y solo se hablaba de aumentar nuevas cajas de hierro á la que nos enseñaban sellada en la casa municipal, en la cual se hallaba todavía la cabeza de un bandido famoso, decapitado quince años habia, expuesta así para escarmiento de los que pudieran caer en la tentación de seguir su ejemplo, y sobre la cual, venían los cuervos á anidar. Aquellas gentes estaban sinceramente desesperados con nuestra mala aventura.

El conductor prestó declaración del acontecimiento ante el magistrado local, asistido por su secretario. Muchos dragones fueron enviados en busca de los ladrones, que, segun el dicho de todos los habitantes, iban á ser traídos con los piés y las manos atados. Con efecto, partieron á todo el correr de sus cabalgaduras. Media hora despues, al dejar la ciudad, los vimos como una milla detrás de nosotros, debajo de la cuesta; los caballos pacían libremente, y los ginetes estaban tendidos á la sombra.

Desde Cisterna, siendo mas seguro el camino, el duque, que nos habia seguido durante el trayecto de las lagunas Pontinas, nos dejó, dándonos cita en Roma, adonde debíamos llegar unas horas despues. El sembró por todas partes la noticia de nuestra ocurrencia.

En Albano, á donde llegamos á las dos de la tarde, todos los habitantes estaban puestos en las ventanas como si fuera un día de fiesta. El populacho, los pilletes, los ciudadanos escoltaban nuestros carruajes mirándonos con ojos atónitos. Sin duda teníamos el aire de mastodontes, ó de algunos monstruos antediluviano; salidos del arca de Noé. En la casa de correos fué donde supimos que nosotros eramos la causa de la agitacion

que reinaba en la ciudad. Quince años hacia que no se habia oído hablar de un robo tan considerable. Al principio se creyó que Garbarone con su gente se habia escapado de Civita-Vecchia, y que inauguraban su libertad con nuevas hazañas.

Como en Velletri y Gensano, todas las autoridades estaban en pié, y la de policía se nos presentó bajo la forma de un venerable albanés, regordete como un cánónigo. Al cabo de media hora de un interrogatorio interrumpido mil veces, y mezclado con las preguntas mas disparatadas, dijo que le parecia prudente aguardar órdenes de Roma; pero que nos tranquilizáramos, porque los ladrones serian cogidos, entregados á la justicia, y que esta les haria expiar sus faltas.

Por último, á las seis de la tarde llegamos á Roma. Allí, lo mismo que en el camino, eran conocidos ya los acontecimientos de la noche. Desde la puerta de San Juan, por la cual entramos, fuimos escoltados por muchos dragones, que tenian órden de hacer que se nos condujese al paso. Por su parte, los postillones no sentían representar un papel en esta entrada, y hacerse notables. Nos llevaron, pues, con cierta gravedad, un poco teatral, muy ajustada á las circunstancias; confieso que nos hicieron olvidar un instante las angustias de la noche; de hecho, mas parecia que conducían al diablo, que á viajeros.

Una muchedumbre compacta se acercaba á nosotros, y numerosos grupos de curiosos obstruían y estacionaban todo lo largo del corso. Aquella multitud estaba silenciosa, como un pueblo conmovido en vísperas de algun gran suceso. Gracias al cielo, tocamos el fin de nuestras tribulaciones, penetrando en el patio de la aduana. Juzgábamos que habiendo sido casi despojados por los ladrones, se nos dispensaría del registro. Pero nada de eso. Los aduaneros romanos tenian puesto el ojo sobre nosotros, y allí, como en Terracina, debimos abrir el equipaje. El fisco nunca pierde sus derechos.

Pero aun no estaba todo concluido con la policía pontifical. El gobernador de Roma, celoso del servicio que se le habia confiado, nos aguardaba, escoltado por todos sus esbirros, para hacer, *propria manu*, el acta de todas las circunstancias que habian acompañado al atentado de que habíamos sido víctimas.

— No hay razon para permanecer aquí toda la noche, me dijo el médico. Que los ladrones se hagan ahorcar, y quemar vivos, en hora-buena; aun yo pagaré un asiento para verlos; pero me siento desfallecer; ¡vamos á comer! — ¡Vamos á comer! repetimos todos en coro, y salimos de la aduana.

— ¿Y Julio M..., dónde está?

— ¿Á propósito.... dónde ha ido? ¿señor M.?... ¡señor M.!...

Aquí estoy, respondió el estudiante.

Y como no viera en frente á la dama del sombrero blanco, bajó en seguida, y nos siguió, fingiendo salir de un largo sueño.

Al atravesar la plaza de España para dirigirnos á nuestro alojamiento, quince días hacia, retenido en casa de Cerni, oímos una voz de contralto llamar á duo: ¡médico! ¡médico!

Eran el duque y su mujer, que se hallaban acampados en medio de la plaza, con sus criados, disponiéndose á pasar la noche al sereno, por no hallar habitación en ninguna fonda de la ciudad. En aquella época del año, Roma rebosa de viajeros. Mas de cuarenta mil extranjeros acuden á las ceremonias y fiestas de la Pascua, y es muy difícil encontrar un alojamiento regular.

— Buenas noches, médico, gritó el duque.

— Buenas noches, señor duque, respondió el médico.

F. D.

Soneto.

Tirano amor cuya opinion temática
Nos muestra bien la librería histórica,
Obscura ciencia en lengua metafórica
De la Esfinge de Tebas enigmática.

Dichoso el que se queda en tu gramática
Y no llega á tu lógica y retórica,
Pues el que sabe mas de tu teórica
Ménos lo muestra en su experiencia práctica.

Pues iguales, amor, en tu matrícula
Los sabios y los bárbaros salvágicos,
El mar y el fuego, el hielo y la cáncula;

Yo seré Ulises á tus cantos mágicos,
Pues solo vemos en tu accion ridícula
Principios dulces para fines trágicos.

LOPE DE VEGA.

Trabajos de restauracion del Conservatorio de Artes de Paris.

Cuando se verificó la instalacion del Conservatorio en los salones del antiguo priorato de San Martin de los Campos, apénas se hizo mas obra que la absolutamente precisa. Demoliéronse las celdas de los frailes para hacer galerías, fabricáronse los pórticos para trasformarlos en salas de dibujo y laboratorio; destinóse la iglesia, sin modificacion alguna, á las máquinas, y el antiguo refectorio, magnífica construccion del siglo trece, permaneció abandonado hasta 1843, siendo convertido en anfiteatro el año de 1848. Por otra parte, la abertura de la calle Vaucanson y el establecimiento del nuevo mercado de San Martin habian quitado al Conservatorio gran parte del jardin, y la alcaldia del sexto distrito continuaba ocupando toda la parte del edificio comprendida entre la iglesia y el refectorio.

En este estado fué entregado al arquitecto del Conservatorio, M. Leon Vaudoyer: este edificio de difícil acceso, y hasta puede decirse que ignorado del público por lo mezquina que era la entrada de la tortuosa y estrecha calle de

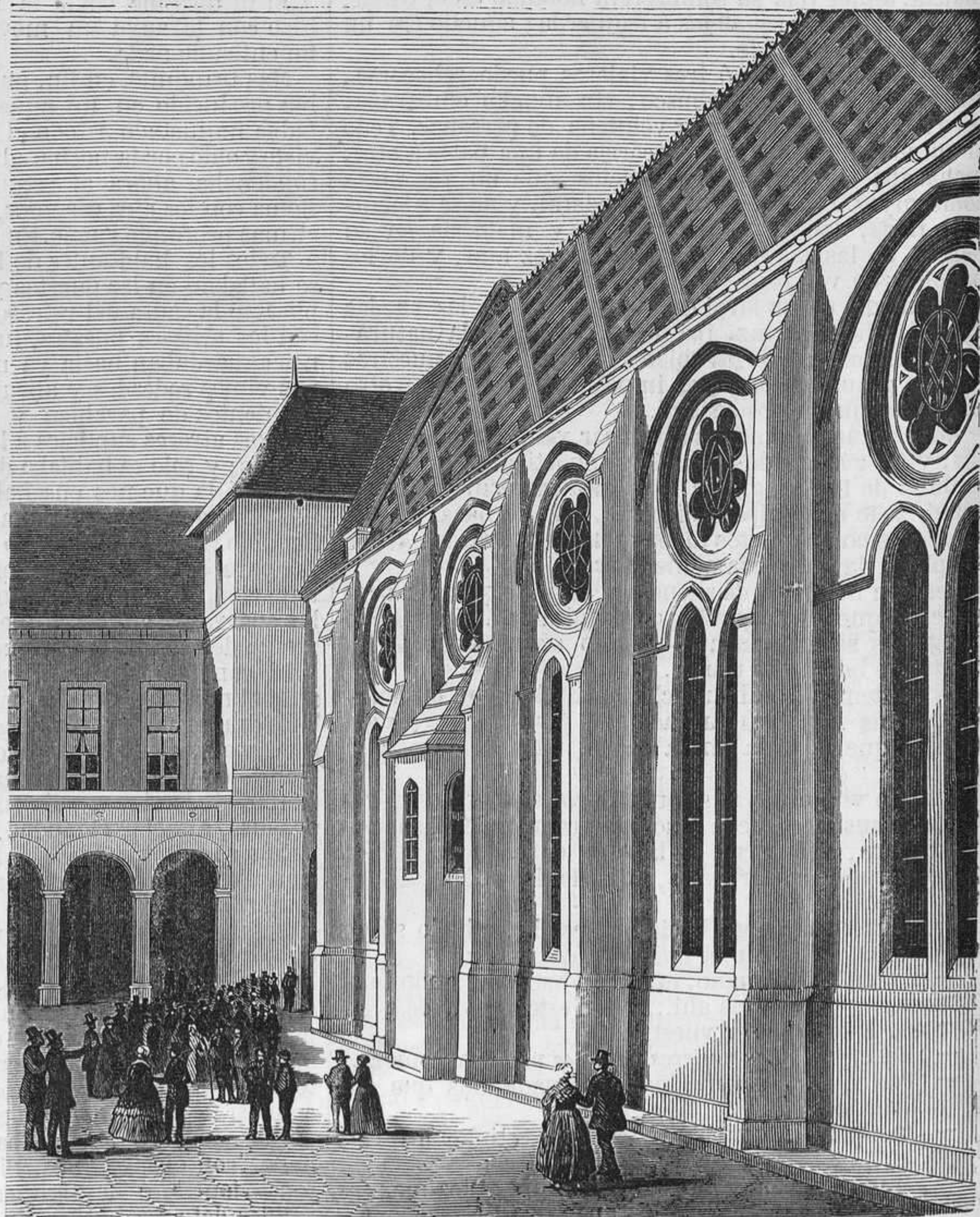


Puerta de la nueva entrada del Conservatorio de artes y oficios.

San Martin. Tratábase pues de formar de esta serie de salones y galerías pertenecientes á todas las épocas, y en estado ruinoso la mayor parte, un conjunto monumental digno de su objeto. El primer cuidado del arquitecto debia ser la ejecucion de una entrada principal conveniente, y esta no podia colocarse mas propiamente en ninguna parte que en frente de la escalera que habian empezado los frailes para bajar al jardin, y que habiéndose concluido por el arquitecto de la casa de la Moneda en 1786, es una de las obras mas bellas de Paris, sirviendo dignamente de introduccion á las galerías de los modelos. Esta escalera y la entrada principal han servido de guia á las disposiciones generales adoptadas por M. Vaudoyer, entre las cuales contó desde luego la creacion de un gran patio central cuyos diversos elementos bien combinados, presentasen en su reunion la apetecible unidad de conjunto. Respetar por un lado á la derecha el antiguo refectorio, así como en el fondo las habitaciones y escalera del convento; reunir



Nueva sala de la escuela de dibujo industrial.



Vista exterior del antiguo refectorio restaurado.

el todo por medio de construcciones nuevas sin faltar á la armonía que marcan las reglas del arte y las exigencias del buen gusto, tales eran las grandes dificultades inherentes á este zurdido de cosas heterogéneas con que tenía que luchar el arquitecto.

En cuanto á la fachada de la calle, esta solo contiene habitaciones de la altura de un solo piso, dominadas por la gran puerta de la entrada principal. Construida esta puerta para servir de frontispicio al edificio de la exposicion industrial, presenta un carácter enteramente magistral, y en medio de un fronton se ve el relieve de una hermosa cabeza de mujer, que representa la *industria francesa*; ricos y elegantes arabescos adornan los ángulos del medallon, y debajo de este se halla la siguiente inscripcion en letras de bronce: CONSERVATORIO DE ARTES Y OFICIOS.

Los tímpanos de la gran arcada están decorados con ramas de encina y otras alegorías dignas de elogio; el entablamiento está sostenido por dos cariátides en bajo relieve, *el Arte y la Ciencia*, bases fundamentales de la industria nacional. Por la parte del patio hay otro fronton ocupado por una cabeza de Mercurio, simbolizando *el Comercio*, y en diversas puertas otras cabezas femeniles representando *la Agricultura, la Industria, etc.* Y por fin se han puesto en el friso las cuatro inscripciones siguientes. |

« Año de 1060 ; fundacion y dotacion de San Martin de los Campos por Enrique I de Francia. »

« Año III (1794) ; institucion del Conservatorio de Artes y Oficios, por decreto de la Convencion Nacional del 19 vendemiaire (10 de octubre). »

« Año de 1798 ; instalacion del Conservatorio en el antiguo edificio del priorato real de San Martin de los Campos. »

Y en letras de oro entre guirnaldas :

« Agricultura, Comercio, Industria. »

Las diversas esculturas que decoran esta entrada hacen honor al talento de M. Robert, jóven escultor que ha sabido poner sus obras en armonía con el gusto de la arquitectura.

La reja de hierro que cierra la parte exterior es lindísima, y anuncia la vuelta al arte de la cerrajería francesa del siglo pasado, lo que es un verdadero progreso.

Despues de esta entrada, la parte mas importante de los trabajos que se han hecho hasta aquí, es la biblioteca instalada hoy en el antiguo refectorio, uno de los monumentos mas gratiosos de la arquitectura gótica en Francia. Data en efecto este monumento de mediados del siglo 13, siendo segun dicen, Pedro de Montereau el arquitecto de esta obra digna del célebre autor de la santa capilla del Palacio. Esta magnífica sala completa-

mente restaurada conforme á su antiguo estilo, y comprendiendo en ella las pinturas, dorados, vidrieras, etc., es de un aspecto encantador, y la ejecucion de los detalles en todos conceptos no deja nada que desear. La carpintería y cerrajería sobre todo han sido trabajadas con un profundo conocimiento de la época, siendo solo de notar el mal gusto de cuatro enormes candelabros cuyo trabajo tiene bastante analogía con la reja de Apolo en el Louvre, y que harian buen papel en cualquiera otra parte del edificio; pero que contrastan demasiado en el

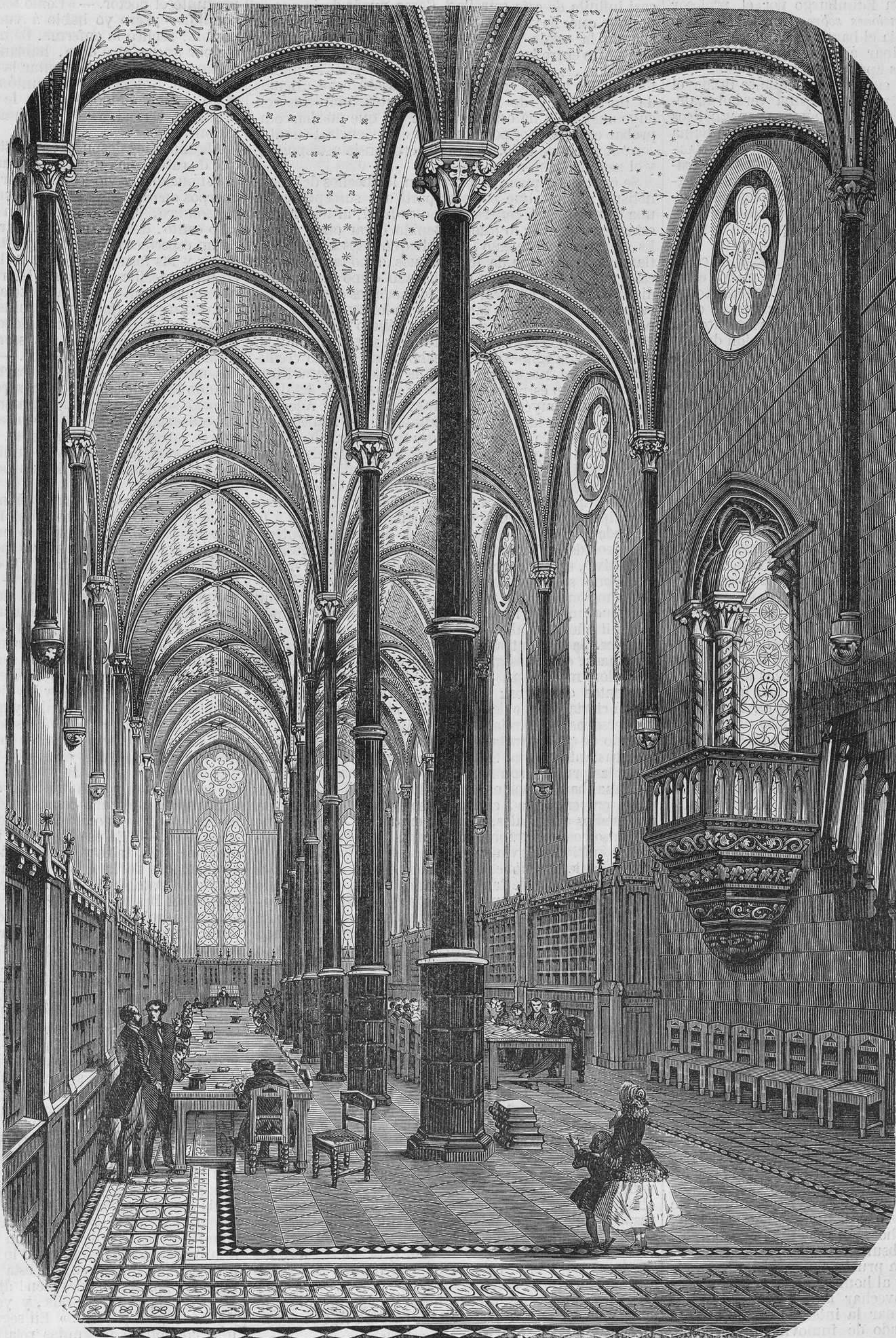
su objeto alejando, toda posibilidad de incendio. Independientemente de todo lo que llevamos dicho muy ligeramente, habiase creído indispensable el accesorio de algunas pinturas al fresco para complemento de la biblioteca, y M. Gerónimo, conforme al programa que le fué trazado, se encargó de la ejecucion de dichas pinturas, habiendo hecho dos medallas el *Arte y la Ciencia*, es decir, reproduciendo bajo otra forma la idea de las cariátides que decoran la puerta de entrada á la manera con que en el curso de una ópera recuerda uno á veces al-

gun motivo de la introduccion. Por debajo de estas figuras y como necesario desarrollo del pensamiento, debian representarse las *artes plásticas, el colorido, la fisica y la química*. Haciendo todo el favor al talento de M. Gerónimo, observaremos sin embargo que la ejecucion de estas obras no interpreta debidamente la idea del programa: creemos que carecen de sencillez, de severidad y sobre todo de armonía con el resto de la decoracion.

En el piso bajo del ala nueva, construida segun el gusto del refectorio, se hallan las salas destinadas á la enseñanza del dibujo industrial, las cuales están alumbradas por grandes ventanas, y á continuacion se encuentra una vasta galería que se trata de prolongar hasta la calle. En esta galería se depositan las carteras de privilegios y dibujos de las máquinas mas perfectas que la industria ha producido últimamente, y que el público tiene derecho á consultar y estudiar. Llegase á dicha galería por una escalera que en un reducido espacio presenta bastante atrevimiento de parte del arquitecto, y cuya decoracion es muy propia. Los cuatro bajos relieves de la bóveda representan *las Ciencias, las Artes, la Industria y la Agricultura*, estando cada relieve acompañado de un medallon en el cual se ven inscritos los nombres de los sabios y artistas que mas se han distinguido en sus respectivas especialidades.

Damos á nuestros lectores una breve reseña de las obras últimamente ejecutadas en el Conservatorio, y no es esto seguramente lo que mas puede recomendar á este establecimiento. La riqueza intelectual que él contiene, la importancia que encierra en el objeto de su instituto, y lo mucho que puede ayudar al desarrollo de

la industria en este centro de la moderna civilizacion, eso es lo que principalmente hubieramos querido describir; pero la empresa sería superior á nuestras fuerzas, y al espacio de nuestra publicacion; equivaldria á querer resumir en un pequeño volumen la historia del progreso humano que no puede reducirse á tan estrechos limites y que cada dia ensancha el círculo de sus interesantes trabajos.



Vista interior del antiguo refectorio de la Abadía de san Martin (des Champs) restaurado para servir de Biblioteca al conservatorio de artes y oficios.

salon en que están, á pesar de su gran mérito y de los recuerdos históricos, entre los cuales cuentan el haber servido en las procesiones de los frailes de San Martin. Los armarios de la biblioteca que no contendrán menos de 15,000 volúmenes, están colocados al rededor de la sala, en cuyo centro se ven las mesas entre las esbeltas columnas que sostienen la bóveda. Un califero de agua caliente está dispuesto de modo que llene

Magnetismo animal.

Son curiosas por demás las observaciones del doctor *Darling* sobre los fenómenos magnéticos que acaba de publicar una Revista extranjera. Su autor es un verdadero creyente, á quien indigna la incredulidad de los profanos, y sorprende la poca fe que en magnetismo animal tienen muchos sabios. Conviene saber que el nuevo Hipócrates ha consultado principalmente para fortificarse en su opinion las *Cartas sobre el magnetismo*, publicadas hace poco en Edimburgo por el profesor Gregory, y las *Investigaciones sobre el principio odílico* que dió á luz en Alemania el baron *Reichenbech*.

Sin perjuicio de examinar á su tiempo y con ayuda de uno de nuestros mas apreciables colaboradores, el doctor Mata, las razones científicas en que se funda el doctor *Darling* para asegurar como una verdad matemática la existencia de cuantos fenómenos magnéticos enumera, vamos á dejarle exponer su teoría que llama ESTUDIOS FISIOLÓGICOS SOBRE LOS FENÓMENOS DEL MAGNETISMO ANIMAL, advirtiéndole que dividiremos este trabajo en dos artículos por no permitirnos su mucha extensión publicarlo íntegro. En el primero reproduciremos el catálogo de hechos aducidos por el doctor *Darling*; en el segundo, sus doctrinas en punto á magnetismo. Ahora oigámosle:

« Nada ha excitado, en general, tanta oposicion como el descubrimiento de un hecho que se cree nuevo en el órden de la naturaleza. Semejante descubrimiento no tiene de su parte mas que un escaso número de escogidos; pero sus consecuencias son ordinariamente tan importantes, que bastan á formar la reputacion del que ha tenido la fortuna de apropiárselo. Asi es como la envidia viene en auxilio de la preocupacion. Educados en el culto del antiguo sistema, á cual deben su nombre y su posicion en el mundo, los que cultivan las ciencias tienen interés en rechazar todas las novedades. Con frecuencia se ha observado que algunos de los médicos anteriores en mas de cuarenta años á la época en que *Harvey* publicó su teoría de la circulacion de la sangre, jamás quisieron admitir esta teoría como verdadera. ¡ Cuántos sabios doctores habrán muerto sin haberla creído! Lo mismo ha sucedido con las grandes verdades de la astronomía y de la geología, con la navegacion al vapor, con la filosofía de *Bacon*, con el sistema de *Newton*. Lo mismo sucede actualmente con el magnetismo animal. Solo el tiempo puede lograr que se reconozca y proclame una verdad nueva.

Cuando se anuncia al mundo un descubrimiento como el del magnetismo, los doctos cuyas opiniones trastorna este descubrimiento, se parapetan en un escepticismo dogmático, y declaran que el hecho es imposible, porque es contrario, dicen, á las leyes naturales. Y olvidan que estas leyes no son mas que ciertos modos de accion observados por nosotros en la naturaleza. Tal objecion supone que la naturaleza no tiene ya mas secretos para nosotros; pero el filósofo que haya profundizado mas las ciencias físicas, será el primero en imitar la modesta confesion de *Newton*, que decia: « No soy mas que un niño que recoge conchitas en la orilla del mar. » El llamamiento que se hace frecuentemente al « sentido comun » es mas vago todavía y mas expuesto al error. El « sentido comun » varia segun las edades y segun los climas: lo que es sentido comun en una época ó en un pais, es un absurdo en otro pais y en otra época. ¿ No es el « sentido comun » el que ha dicho que la luna era tan grande como un queso, que la tierra era una superficie plana, que el sol giraba al rededor de la tierra? ¿ No se ha mofado el « sentido comun » de la revolucion diurna de nuestro planeta y de la idea monstruosa de la existencia de los antipodas? El « sentido comun » es, pues, en física, un medio de apreciacion muy poco seguro. Podemos decir sin vacilar que es imposible que dos y dos hagan mas ó menos de cuatro, y que la suma de los tres ángulos de un triángulo sea superior ó inferior á dos ángulos rectos; mas en cuanto á la naturaleza, que es el objeto de nuestras investigaciones, es muy raro que podamos recurrir á demostraciones matemáticas, como las de que son susceptibles aquellas proposiciones. Debemos por tanto examinar todo descubrimiento nuevo con espíritu de candor y buena fe, para aceptarlo como verdadero cuando los hechos se hallen suficientemente probados.

¿ Pero, se nos preguntará, cuáles serán estas pruebas suficientes? Porque no creemos, dicen los adversarios del magnetismo, en la existencia de los fenómenos de que se trata, hasta que los hayamos visto y tocado, hasta que hayamos hecho la prueba nosotros mismos. Esto es evidentemente absurdo. No aceptar como verdadero sino aquello cuya prueba hayamos hecho nosotros mismos, es rebajar al hombre al nivel de los brutos, incapaces de aprovechar la experiencia de sus semejantes; seria condenar la inteligencia humana á permanecer en un estado de inmovilidad perpetua. Semejante manera de proceder es además impracticable. Nos vemos forzados á referirnos al testimonio de otros, y obramos todos los dias segun este testimonio. ¿ Y nuestros tribunales no condenan á muerte por el testimonio de otros? ¿ No sentencian cuando hay testigos que han visto cometer el crimen? ¿ Con cuánta mas fuerza debe aplicarse este argumento á las ciencias físicas! ¿ Cuán pocos entre los centenares de millones de habitantes de la tierra, se hallan en el caso de ejecutar por sí mismos los experimentos! Mirais á través del telescopio de *Herschell*, y percibis el débil resplandor de una estrella que centellea á lo lejos en la profundidad

del espacio. Preguntais cuál es la distancia de esta estrella, y *Herschell* os responde: « Doce millones de millones de millones de millas. » Este número confunde vuestra imaginacion, y haceis vanos esfuerzos para comprenderlo. Sin embargo, el astrónomo añade que realmente no veis la estrella, y que solamente pensais verla, porque es posible que su lumbré se haya aniquilado hace dos millones de años; y que suponiendo que existe todavía, continuando su movimiento en el gran círculo de los mundos, debe hallarse ahora á millares de millas del punto en que su luz parece indicaros su presencia. ¿ Cómo puede conocer la distancia casi infinita de esta estrella? ¿ Cómo puede decir que es posible que haya desaparecido hace largo tiempo, cuando la estais viendo ahora con vuestros propios ojos? Aun entre los hombres que han recibido mediana educacion, ¿ cuántos habrá que no tengan la menor idea de los hechos que sirven de base á estos cálculos de *Herschell*, y de los procedimientos analíticos con cuyo auxilio los ha establecido? Y los que pueden comprobar estos hechos por la propia experiencia ¿ cuántos son? A pesar de todo, el mundo cree en la astronomía, y el mundo tiene razon.

Se concluirá, pues, por creer en los hechos del magnetismo animal, que por otra parte son susceptibles de una demostracion general; y no se hará, al tratarse de esto, sino renovar lo que ha tenido lugar otras veces. Es constante, en efecto, no solo que estos hechos han llamado la atencion de los antiguos, sino tambien que estos los han estudiado y cultivado como una ciencia distinta. ¿ Cómo explicar de otro modo los oráculos, las curas operadas por los sacerdotes en los templos, y otra porcion de fenómenos del mismo género? Sin duda es fácil á los que creen que el mundo antiguo se hallaba sumido en la ignorancia y hecho presa de una credulidad grosera, negar la realidad de aquellas maravillas; pero negar no es refutar, y no se conseguirá debilitar un hecho atribuyéndole una causa insuficiente. Además, ¿ estamos reducidos en este punto á simples conjeturas? No. — A pesar de las revoluciones sociales que han trastornado los imperios, y de la barbarie que ha destruido la civilizacion de la antigüedad, testimonios directos, mas ó ménos completos, han llegado hasta nosotros haciendo imposible toda duda razonable. En las tumbas de Egipto, por ejemplo, en cuyas paredes, gracias á la sequedad del clima, las pinturas de los artistas contemporáneos de los Faraones, existen aun con su frescura primitiva, se ven representaciones de pasas y de manipulaciones sumamente parecidas á la de los magnetizadores modernos; los májicos actuales del Cairo no son mas que un débil resto de la secta poderosa que hace tres mil años luchaba contra el inspirado profeta de los hebreos. Se encuentran vestigios de esas antiguas prácticas hasta entre los griegos y los romanos. Dos versos de *Solon* mencionan las manipulaciones como procedimientos curativos; el *Amphitruo* contiene una alusion á cierta especie de manipulaciones para adormecer las personas; y *Marcial* no se limita á hacer alusion al método de que se trata, sino que además da de él una idea bastante exacta. Sin embargo, en la historia de la India las pruebas son mas numerosas y mas explícitas. El *Mahabharata*, poema, escrito hácia el año 1400 ántes de la era cristiana, cita un caso de lucidez producida por medios artificiales, sin una expresion que indique este caso como extraordinario; aun hoy el arte magnético se cultiva todavía en algunas partes de la India.

Por lo demás no es de admirar que este arte haya sido conocido desde tan temprano, porque está basado en los fenómenos naturales que se producen mas frecuentemente. El sonambulismo espontáneo es una cosa tan comun en la vida ordinaria, que apenas existe una persona que no haya visto ejemplos de él: y esto prueba que sus curiosos efectos provienen de alguna facultad inherente á la economía humana, y si no universalmente, á lo ménos extensamente esparcida. Habiendo sido observado desde los tiempos mas remotos el sonambulismo espontáneo, se ha procurado imitarlo por medios artificiales, como se ha procurado producir el sueño con el auxilio de narcóticos. El sonambulismo magnético no es otra cosa en efecto mas que el sonambulismo natural producido artificialmente. Este es un punto importante que conviene no perder de vista. Ya que la imposibilidad aparente del hecho en sí mismo impide á muchos creer en el magnetismo animal, ya que el carácter al parecer sobrenatural de sus fenómenos retrae á tantos otros de dedicarse á su estudio, vamos desde luego á hacer ver que todos los fenómenos obtenidos por el magnetismo animal, tienen su correspondiente en los fenómenos espontáneos de la naturaleza. Los anales del sonambulismo, de la epilepsia y de la catalepsia nos suministrarán pruebas superabundantes. Elegimos el caso siguiente, porque citado con frecuencia y perfectamente justificado por la ciencia médica, presenta la reunion de todos los fenómenos á que el público da fe con tanto trabajo en los casos magnéticos.

En el año de 1787, el doctor *Petetin*, médico distinguido de Lyon, fué llamado para que viese á una jóven que era presa de una especie de ataque nervioso. Estaba tendida en el suelo, privada de sentido al parecer, y una vez levantados sus brazos, quedaban como suspensos en el aire. Trasládola al lecho, y empezó á cantar; pero aunque la pellizcaban y la dieron gritos al oído, no fué posible excitar su atencion. Mientras que el doctor se ocupaba en prodigarle sus cuidados, le resbaló un pié; pero recobrando el equilibrio: « ¡ Qué fastidio, dijo inclinándose sobre la enferma, que no podamos hacerla cesar en su canto! — ¡ Ah! doctor, gritó

ella al punto, no os enojeis; no cantaré mas; » y en efecto se calló. Pero bien pronto comenzó de nuevo, y en vano fué que el doctor la suplicase, hablándola lo mas alto posible y con la boca á la oreja, que repitiese su promesa y no volviese á cantar. Por último, se le ocurrió la idea de colocarse en la misma posicion que habia tomado ántes; separó la ropa, y aproximando su cabeza al estómago de la paciente, dijo en voz alta: « ¿ Teneis intencion de estar cantando eternamente? — ¡ Oh! que me habeis hecho daño, exclamó ella; habladas mas bajo, os lo suplico »; y al mismo tiempo pasó una mano por la boca del estómago. — « ¿ Cómo me ois? » preguntó el doctor. — « Como todo el mundo », le respondió. — ¡ Pero yo hablo á vuestro estómago! — ¿ Es posible? replicó la enferma. De nuevo ensayó el hacerla oír por uno y otro oído, hablándola tambien á través de un tubo á fin de aumentar la intensidad del sonido; nada oyó. Entonces la preguntó á la boca del estómago si no le habia oído. — « No, le respondió; tengo desgracia en verdad. » — Véase una trasposicion de sensacion.

Algunos dias despues, tuvo esta jóven un nuevo ataque de catalepsia, durante el cual oyó igualmente por el estómago, y vió con este órgano aun á través de cuerpos opacos. Sin embargo, su semblante expresaba el asombro, y el doctor *Petetin* la preguntó la causa. « Yo canto, doctor, repuso, para distraer mi atencion de un espectáculo que me espanta. Estoy viendo mi interior y las formas estrañas de los órganos, envueltos en una redcilla luminosa. Mi rostro debe explicar lo que experimento, — una mezcla de asombro y de terror. Un médico que tuviera mi enfermedad durante un cuarto de hora, se juzgaria dichoso, porque la naturaleza le revelaria todos sus secretos. — ¿ Veis vuestro corazón? interrogó el doctor. — Sí, lo veo; palpita en dos movimientos, — las dos partes como de acuerdo; cuando la parte superior se contrae se dilata la inferior, y luego se contrae inmediatamente; la sangre sale con impetuosidad y toda ella luciente, por dos anchos vasos que se aproximan mutuamente. » — Véase la intuicion de sí misma. (La apariencia luminosa de la sangre procede probablemente de la luz odílica que aquella despiden).

Pero continuemos. Una mañana, el ataque sobrevino, como de ordinario, á las ocho. *Petetin* llegó mas tarde que de costumbre. Anuncióse hablando á los dedos de la paciente (este era un nuevo medio que habia encontrado para hacerse oír de ella). « Asaz perezoso andais esta mañana, doctor, » le dijo. — « Es verdad, señora: pero si sabeis la razon, no me culpeis. — ¡ Ah! ya veo, hace cuatro horas que os sentís acometido de jaqueca; y no os abandonará hasta las seis de la tarde. Haced bien en no tomar nada, porque no hay cosa en el mundo que pueda estorbarle seguir su curso. — ¿ Podréis decirme de qué lado está el mal? — Del lado derecho; coge la sien, el ojo y los dientes. Os prevengo que se extenderá al ojo izquierdo, y que padeceréis bastante entre tres y cuatro; pero á las seis habrá desaparecido el dolor. » Esta prediccion se realizó exactamente. — « Si queiréis que yo os crea, dijo el doctor, es menester que me digais, ¿ qué tengo en la mano? — Veo á través de vuestra mano una medalla antigua. » — *Petetin* le preguntó á qué hora cesaria su propio accidente. — A las once. — ¿ Y el acceso de la noche cuándo vendrá? — A las siete. — ¿ En ese caso será mas tarde que de ordinario? — Sí, tales y cuales cambios van á tener lugar en las horas de la crisis. Cierta contrariedad se retrataba en el semblante de la paciente durante esta conversacion. Despues dijo á *Petetin*: « Mi tío acaba de entrar, está hablando con mi marido detrás de la mampara; su visita me molestaria; rogadle que se vaya. » Al retirarse el tío, tomó por inadvertencia la capa del marido de la enferma; pero esta, notándolo, envió á su cuñada para que se la pidiese. — Véase, sin disputa, la lucidez y la prevision.

Citemos tambien otro caso, á fin de dar una idea mas completa de la lucidez natural, haciendo ver como se ejerce sobre objetos lejanos. La atencion del lector no podrá ménos de detenerse sobre tan estraña comunión de los espíritus, que se verifica á distancias considerables y entre personas que nunca se hayan conocido. Mlle. *W^{ccc}*, somnábula natural (este caso nos refiere circunstanciadamente su médico el doctor *Klein*), hallábase de visita en casa de M. de *St****, cuando este la rogó que ejerciese su lucidez sobre su hijo, que á la sazón hacia en el ejército francés la campaña de Rusia. Desde este momento, Mlle. *W^{ccc}* dirigió su pensamiento hácia el jóven oficial, y en todos sus parasismos lo describía, sin haberlo visto nunca, con tanta exactitud como si lo tuviera delante. Con frecuencia preguntaba á la hermana del jóven, si no lo veian en un rincón del aposento; y un dia en que esta persistia en responder negativamente: « ¡ Pues bien! dijo Mlle. *W^{ccc}*, dirigidle las preguntas que querais, y yo me encargo de transmitir sus respuestas. » En seguida, la hermana hizo una porcion de preguntas relativas á los negocios de familia, enteramente desconocidos de la somnábula, la cual respondía á todas ellas con tal precision, que su interlocutora confesó despues que se habia sentido bañada de un sudor frio, y que varias veces habia estado á punto de ponerse mala con el miedo, mientras duró lo que llamaba ella el diálogo de los espíritus. En otra ocasion, declaró al padre que habia visto á su hijo en el hospital, con una venda de lienzo blanco al rededor de la barba; que habia sido herido en el rostro; que no podia comer, pero que su herida no era peligrosa. Al cabo de algunos dias, dijo que ya podia comer y que se hallaba mucho mejor. Algunas semanas despues llegó

un correo con pliegos del ejército. M. de St***, fué inmediatamente á ver al ministro de la Guerra, para saber que nuevas habia recibido; el ministro le tranquilizó completamente, asegurándole que el nombre de su hijo no se hallaba en la lista de los heridos. Lleno de gozo volvió á su casa M. de St***, y dijo á Mlle. W***, que á la sazón se encontraba en su sueño somnambúlico, que por esta vez no habia acertado, dichosamente para su hijo y para él. Mostróse resentida de estas palabras Mlle W***, y le aseguró con tono enérgico que estaba perfectamente segura de lo que habia dicho; que en aquel mismo instante veía aun al hijo en el hospital, con la barba todavía cubierta con la venda blanca; y que en el estado en que ella se encontraba entonces, era imposible que se equivocase. A poco rato llegó en efecto un billete del ministro, anunciando á M. de St***, despues de algunos cumplidos y pesames, que acababa de recibir una lista supletoria de los heridos, en la cual figuraba el nombre de su hijo, que habia sido herido de un balazo en la barba, que estaba asistido en el hospital, etc.

Fenómenos naturales como este, que rivalizan con todas las pretensiones que los partidarios del magnetismo puedan presentar en favor de su ciencia, deberían servir de lección á los que emplean con sobrada facilidad la palabra imposible. En todos tiempos los sabios han sido harto propensos á dictar leyes á la naturaleza, olvidando que la naturaleza no es mas que un sinónimo de Dios. Tan ridículo es en una inteligencia limitada negar porque no puede comprender, como en uno de los habitantes de un hormiguero de la India declarar imposible la existencia del Himalaya. Debiera tenerse siempre presente este axioma, formulado por uno de los entendimientos mas claros y vigorosos que jamás se han visto, por Ariosto: cuando se suscita alguna duda acerca de hechos extraordinarios y difíciles de concebir, el punto esencial no es demostrar como existen estos hechos, sino probar que existen.

Hay diversas maneras de producir el estado magnético. La mirada fija y las pasas longitudinales con la mano son los métodos mas comunes y conocidos; el uno ó el otro, ó ambos á la vez, se emplean por el doctor Elliotson, por M. Ahsburne y sus discípulos. M. Lewis, que posee una fuerza notable de concentración mental, opera generalmente por la mirada. El procedimiento de Darling consiste en hacer mirar fijamente una pequeña moneda colocada en la palma de la mano izquierda. M. Braid hace mirar fijamente un objeto, como la bolita que forma la extremidad de un lapicero, colocada encima de los ojos, al nivel de la parte superior de la frente. Los májicos del Cairo producen el estado magnético obligando á sus magnetizandos, que son por lo regular mocitos ó niñas impúberes, á tener fijos los ojos en algunas gotas de tinta reunidas en el hueco de su mano. Los alfaquíes de la India la producen en sí mismos cuando quieren, por medio de una concentración intensa de su pensamiento absorto en la idea de la Divinidad. Estos diversos procedimientos pueden clasificarse en dos categorías distintas, en una de las cuales los fenómenos magnéticos son producidos por la influencia personal del que actúa, en tanto que en la otra son producidos exclusivamente por la persona en que se ejercen. El hecho de la producción del estado magnético en cualquiera de estos casos, ha dado lugar á una controversia bastante fuerte, sosteniendo algunos que en realidad no existe la influencia personal del operador; que las pasas solo sirven para ocasionar un sentimiento de monotonía ó para obrar sobre la imaginación del paciente, y que se pueden referir todos los casos á la segunda categoría de procedimientos. Esta conjetura es muy natural, pero nada prueba: de la existencia de un agente conocido para producir ciertos efectos, no se podrá deducir la no existencia de otro agente capaz de producir efectos semejantes. Es de todo punto evidente que la realidad del éter y de la pólvora comun no destruye la del cloroformo ni de la pólvora de algodón; y mas aun que el poder de la realidad no se hace increíble por el solo hecho de que en muchos casos la imaginación puede suplirla. Si el concentrar la imaginación en un objeto único basta con frecuencia para producir el estado magnético, hay otra porción de circunstancias en que la influencia de un agente exterior es incontestable. Tal es, por ejemplo, el caso en que el doctor Esdaile operó sobre un ciego que no podia sospechar de su presencia, y le hizo caer de su silla en un estado cataleptico, como una estatua que fuese derribada de su pedestal; tal es otro caso, atestiguado por el juez, por los individuos del tribunal y por el auditorio, en el cual, actuando á espaldas de varios testigos que no podían tener la menor sospecha de lo que pasaba, se produjeron en ellos los fenómenos magnéticos. No podia haber allí concentración alguna de atención de parte de los pacientes, ni era tampoco un efecto de la imaginación, puesto que ninguna noticia tenían aquellos de los individuos que operaban sobre ellos. No tendríamos inconveniente en citar otros ejemplos del mismo género, mas concluyentes todavía si es posible. El agente real que opera, ó sobre el cual se opera, es la fuerza odílica, — fluido análogo á la electricidad, aunque diferente en verdad, esparcido por el sistema nervioso, y que parece ser el intermedio por donde se relaciona el alma con el cuerpo. Cuando este fluido se halla bajo la influencia de una fuerza odílica superior ó de una fuerte concentración mental del paciente mismo, se produce un movimiento particular ó una distribución desigual, por consecuencia de los cuales el cerebro y el sistema nervioso cesan en su ejercicio ó entran en relaciones anormales con el espíritu.

Pareciéndose los medios empleados para destruir el estado magnético á los que se usan para hacer volver en sí á las personas acometidas de un síncope, el doctor Esdaile y otros han supuesto que la potencia odílica del operador hace refluir en el cerebro el fluido nervioso del sugeto, como un rio que retorna á su origen, quedando por este medio privados los nervios de la facultad de sentir.

No es esta, empero, la verdadera explicación; y como el magnetismo es una ciencia natural, veamos si los fenómenos de la naturaleza pueden ó no ofrecernos algunas noticias sobre este punto. Si tomamos un pedazo de acero en forma de herradura, pero que no posea las propiedades magnéticas, y hacemos pasas en él, desde el centro á las extremidades, con otro pedazo de acero de forma semejante, pero ya imantado, el primero adquirirá por este medio la virtud magnética: la acción contraria, esto es, las pasas hechas desde las extremidades al centro, bastará para destruir el efecto antes producido. Por eso Reichenbach, en su profunda obra sobre el magnetismo vital, demuestra no solamente que el hombre es un iman, sino que su grande eje se halla desde el costado izquierdo al derecho. Las pasas del operador tienen, pues, su analogía exacta en cuanto al procedimiento y al resultado, en la ciencia estrictamente ortodoxa del magnetismo mineral. Tal es la teoría de M. Jackson, que en Dublin, en 1851, ha explicado un curso de lecciones mesméricas, y esta teoría es, en suma, verdadera. « Cuando la noche ó la lluvia se aproxima, dice M. Jackson, ¿no muestran las plantas una tendencia á replegar sus tiernas hojas, como para encerrar las flores abiertas recientemente? Pues de la misma manera, las pasas del operador, hechas en dirección del cerebro á las extremidades, tienen por objeto replegar en cierto modo las partes mas sensibles del sistema nervioso; porque el cerebro, continuando el símil, debe ser considerado como la raíz de esta planta delicada. Por otra parte, ¿no parece que los animales experimentan una sensación calmante cuando se les pasa la mano por el lomo, desde la cabeza á la cola? » ¿No hay algo mas que una simple coincidencia en que las pasas de arriba abajo produzcan el adormecimiento magnético en el hombre y la imantación en el acero, en tanto que las pasas de abajo arriba producen el estado de vigilia en el primero y el de desimantación en el segundo? »

Reichenbach comenzó por descubrir que ciertas personas experimentan sensaciones particulares, cuando por la superficie del cuerpo se les va pasando lentamente un iman poderoso; y reconoció mas tarde que esta impresionabilidad no es una condición mórbida, sino que existe, aunque en diversos grados, en una de cada tres personas, ó en una mitad de individuos en estado de salud y de enfermedad. Asegura que estas sensaciones son producidas por una influencia que en el iman se halla asociada con el ferro-magnetismo (esto es, el poder que hace que la aguja libremente suspendida se dirija hácia el Norte, y que la piedra iman atraiga las limaduras de hierro), pero que tiene tambien una existencia independiente, como en los cristales y en el cuerpo humano, y á la cual da el nombre de *Odilo* ú *Odylo*. Esta influencia parece caminar con ménos velocidad que la luz, pero atraviesa las sustancias con mas rapidez que el calórico. Puede pasar á través de toda especie de materia (á diferencia, por tanto, de la influencia eléctrica, que es detenida por la mayor parte de los cuerpos no metálicos), pero atraviesa con ménos facilidad por las sustancias fibrosas ó interrumpidas, que por las continuas. Como la electricidad y el ferro-magnetismo es polar en su distribución, excepto en la materia amorfa, en la cual se presenta sin polaridad determinada. En su tránsito de un cuerpo á otro (irradia, en efecto, en todos sentidos como el calórico, el lumínico y la electricidad), la influencia odílica está caracterizada por la naturaleza luminosa de sus emanaciones, es decir, en la obscuridad y para las personas impresionables. Esta luz es muy débil, y desaparece por lo comun ante el mas pequeño resplandor de la luz ordinaria; sin embargo, las personas muy nerviosas, que son á la familia humana lo que la sensitiva es á las otras plantas, y la mayor parte de las personas durante el sueño magnético, pueden distinguirla en pleno dia. Presenta los colores del arco-iris; pero domina el color azul en el polo Norte de los imanes, y el rojo en el polo Sur. Existe el odilo en toda especie de cristales, pero con ménos poder que en los imanes. Se desarrolla por toda suerte de acciones químicas, como la combustión, la solución de un metal ó de un álcali en un ácido, la respiración, y en general los cambios que se verifican en el cuerpo viviente. Tambien el cuerpo humano ó animal es un manantial abundante de odilo (1); y de aquí proviene el estímulo que se experimenta al comer, aun antes de que los alimentos hayan tenido tiempo de pasar bajo la forma de jugo, á formar parte del sistema. Los dos costados, y principalmente las manos, hacen el oficio de polos opuestos; y las manos, los ojos, la boca, son tambien los focos donde la influencia odílica parece concentrarse. Véase porque las pasas hechas con la mano y la mirada fija son los medios mas poderosos para magnetizar. La sensación producida por el polo negativo ó Norte de un cuerpo cualquiera que posee la fuerza odílica, es un frescor agradable; la sensación producida por el polo positivo ó Sur, es un calor desagradable. La mano derecha es negativa y fria; la

(1) El autor de este artículo debe mencionar, como prueba de la existencia de la materia eléctrica en el cuerpo humano, que siendo jóven podia en una noche de hielo y en un aposento obscuro, sacar de su pecho una verdadera erupción de chispas eléctricas de color azulado.

izquierda es positiva y cálida. Los rayos del sol son negativos, y causan á las personas nerviosas una sensación de frescura viva, pero deliciosa. La luna, por el contrario, es odílicamente positiva, y lo son asimismo todos los planetas que carecen de luz propia y brillan con la reflejada. Reichenbach ha encontrado igualmente el odilo en las plantas, y esta substancia parece hallarse esparcida por todo el universo material. En este concepto, sucede al odilo lo mismo que al calórico, al lumínico y á la electricidad, y acaso estas fuerzas podrán reducirse con el tiempo á un principio único; pero entre tanto es necesario distinguir la odílica de las otras, como se distinguen entre sí la electricidad, el lumínico y el calórico (1).

Tambien la tierra, que es un vasto iman, despide su luz odílica, la cual, por efecto de las dimensiones gigantescas y del inmenso poder de este iman, se manifiesta á la vista bajo la forma de aurora boreal. « Este hecho, dice el profesor Gregory, ha sido justificado por una serie de los mas curiosos experimentos que jamás he visto. Reichenbach convirtió en un poderoso iman un gran globo de hierro, de dos á tres piés de diámetro, haciendo pasar por una corriente eléctrica un hilo metálico enroscado al rededor de una barra de hierro que atravesaba la esfera de polo á polo. Cuando esta se hallaba suspendida en el aire en una estancia completamente oscura, las personas nerviosas veían la luz odílica en su mayor brillantez, presentando todos los caracteres particulares de la aurora boreal y de la austral. En cada polo aparecia un dilatado círculo de luz, mas azul al polo Norte, mas roja al polo Sur, pero ofreciendo en ambos todos los colores del arco-iris.

El Ecuador estaba señalado por una cinta luminosa, hácia la cual, en la superficie misma ó cerca de la superficie de la esfera, se proyectaban incesantemente líneas de luz que partían de los círculos polares. En ellos, lo mismo que en los rayos luminosos, los colores estaban dispuestos de tal suerte, que el rojo dominaba del lado Sur, el azul del lado opuesto, el amarillo al Oeste, y en frente el gris ó la carencia de color: al propio tiempo, como en todos los arco-iris odílicos, una faja angosta de color rojo se mostraba cerca del gris... Y no era esto todo; porque en el aire y encima de cada polo, se desplegaba una magnífica corona ó umbela de luz, mas azul hácia el Norte, mas roja hácia el Sur, pero ofreciendo igualmente todos los colores y despidiendo hácia el Ecuador brillantes banderolas de luz diversamente colorada, que se agitaban, se alargaban y acortaban, como acontece en las auroras boreales mas hermosas á los encantados ojos del espectador.

Estos descubrimientos de Reichenbach pueden servir para explicar muchos hechos harto conocidos, pero inexplicables hasta ahora. La influencia del magnetismo terrestre sobre el cuerpo humano, explica el porque muchas personas de grande susceptibilidad nerviosa no pueden dormir si su lecho no está colocado en una dirección paralela al meridiano magnético, con la cabecera hácia el Norte. Para algunos enfermos es absolutamente insoportable la posición formando ángulo recto con aquel meridiano: hace mucho tiempo que ya se habia hecho esta observación; pero sus afectos se atribuían á la imaginación ó á la idiosincracia del sugeto. Parece muy probable que la curación de ciertas enfermedades puede facilitarse si se atiende á la posición conveniente de la cama. El reciente descubrimiento de Faraday sobre la atracción del gas oxígeno por el iman, contribuye á confirmar la conjetura de Goethe, de que los cambios atmosféricos que tantas dificultades ofrecían á los filósofos, son debidos á las variaciones de la potencia atractiva de la tierra. Además, la circunstancia de ser grata la influencia odílica emanada de la mano derecha en tanto que la de la mano izquierda produce el efecto contrario, explica tal vez la superioridad universalmente concedida á la primera, y el uso invariable que de ella se hace para recibir á un amigo.

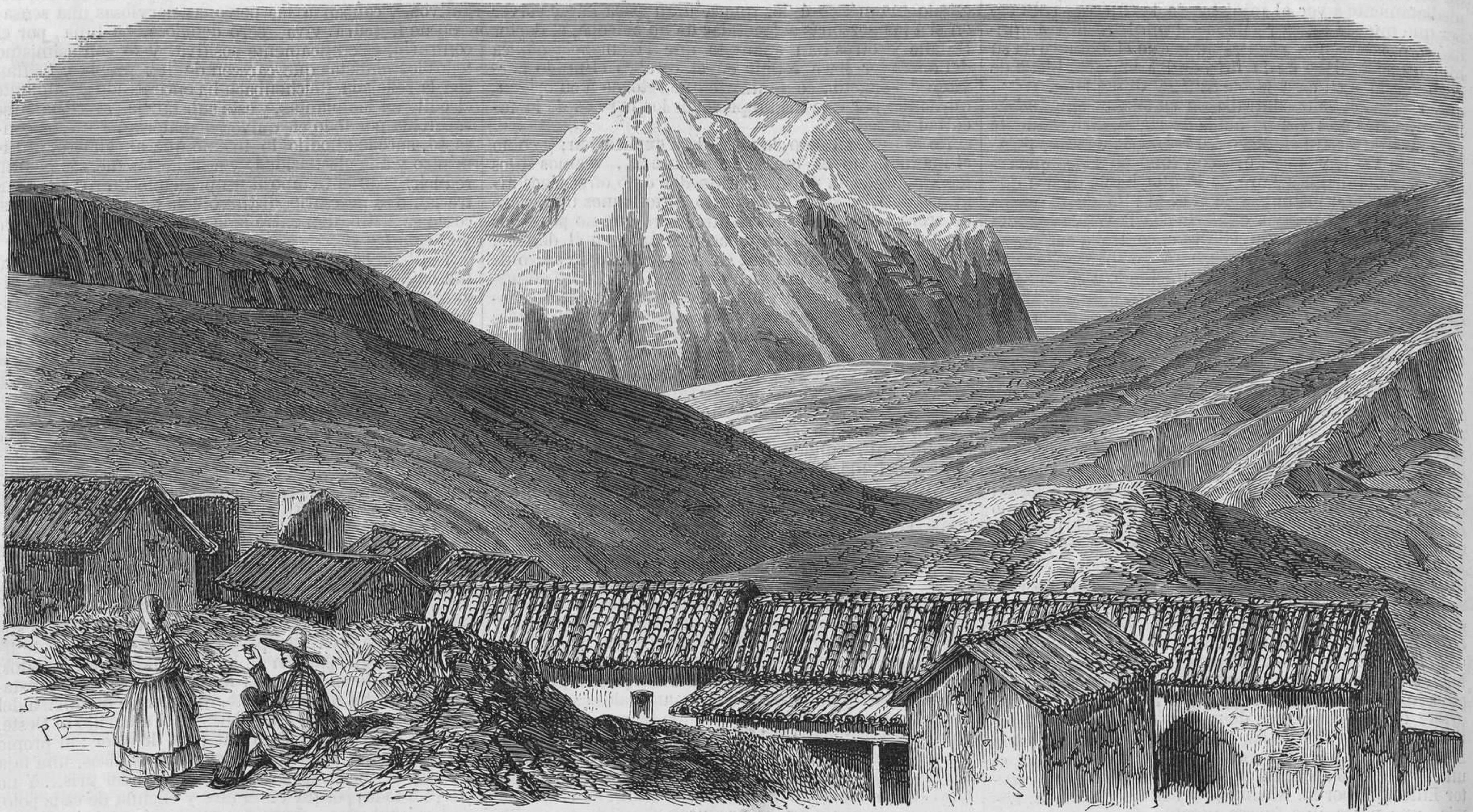
El Peru y Bolivia.

(Véase no 11, pág. 167.)

La ciudad de la Paz, población de mas de treinta mil almas poco mas ó ménos, está asentada en una especie de meseta inclinada, en el fondo de un extenso valle, que baña un afluente del rio de las Amazonas, á una elevación de 3,717 metros, y rodeada de montañas muy escarpadas con una abertura al Sudeste sobre el Illimani, cuya cima cubierta de nieves eternas está á 7,450 metros sobre el nivel del mar. La mas hermosa vegetación del mundo hace crecer á los piés de aquel gigante de las montañas las plantas y árboles de los tró-

(1) Los que dudaren de la existencia de esta fuerza, deberán meditar sobre el siguiente párrafo de los Principios de Newton, en el cual este grande hombre presiente de un modo claro los modernos descubrimientos de Reichenbach: « Podríamos, dice, añadir alguna cosa á la idea de cierto espíritu muy sutil que existe latente en los cuerpos sólidos. Por la fuerza y la actividad de este espíritu, las partículas de los cuerpos atraen mutuamente á muy cortas distancias, y se adhieren cuando se ponen en contacto; por ella la luz es irradiada, reflejada, refractada y sufre inflexión; por ella se comunica el calórico á los cuerpos.

No hay sensación sin causa eficiente que la excite; y los miembros de los animales se mueven á voluntad por las vibraciones de este espíritu, propagados por los filamentos sólidos de los nervios, de los órganos externos de los sentidos al cerebro, y del cerebro al músculo. Pero todo esto no puede explicarse con pocas palabras, y no poseemos suficiente número de experimentos para determinar por nosotros mismos y demostrar con precisión las leyes que rigen las acciones de este espíritu.



El volcan Illimany.

picos. La onza, que pasa, entre los naturalistas, por un animal dulce, y que se emplea en Persia en la caza de las gacelas, es allí un vecino incómodo para el ganado mular, que suele sorprender cuando duerme al descubierto.

Las casas de la Paz, cubiertas con tejas redondas, están construidas con tierra amasada con paja pulverizada bajo la forma de ladrillos grandes que se secan al sol, y que llevan una capa de cal para blanquearlos. En

cuanto a la población, como en toda la América del Sur, se compone de tres clases: los indios, los cholos ó mestizos, y la raza de la conquista ó clase media que se entrega al comercio.

El indio, alejado del mar, y separado del contacto perpetuo con los extranjeros, ha conservado su carácter y sus hábitos primitivos. Es triste, tímido, y no malo. Si se encuentra con un europeo en despoblado huye ó se oculta. Me sucedió un día, al volver de casa, que uno de ellos quiso evitar mi encuentro, y como la necesidad de comer y de descansar me obligaron á seguirlo hasta su casa, tuve ocasión de convencerme de la bondad de su raza, por las atenciones que él



Indio de la Paz.

Arriero del Perú.

Cargador de la Paz.

cinco ó seis meses del año, el pobre diablo del indio no se atrevia á entrar en su casa. Acabó de hablar de la lluvia, y debo añadir que este diluvio solo dura cinco ó seis horas por día, despues de lo cual, el cielo se calma y serena, y el agua se pierde en las inmensas quebradas.

La estatura de hombres y mujeres es la estatura media ordinaria; no se ven ni gigantes ni enanos. Del mayor al menor la diferencia es poco notable. Tal vez esto consista en que cada uno nace de su raza, y se casa en ella. El vestido de los hombres se compone de un sombrero de fieltro, un poco alto, el pelo partido en trenzas, y continuamente con un gorro bajo el sombrero, chaqueta, por lo comun azul, calzon corto, las piernas desnudas, sandalias de cuero, y poco ó nada de camisa. Las mujeres llevan montera de terciopelo mas ó ménos guarnecida, y variada en la forma y la tela segun el gusto y la riqueza de cada una. Corpiño azul, oculto por el revés, y basquiña de pliegues menudos. Tal es el traje de las indias, que se ponen cinco ó seis sayas una encima de otra, sin camisa y con los piés descalzos.

El carácter de aquellos indios es, como el de los de Arequipa, triste, humilde y sufrido. No se los ve alegres mas que los días festivos, y se rien raramente, semejantes al filósofo que jamás habia sentido la necesidad de hacer tal mohin.

He aquí como se divierten: los días de fiesta cambian á la puerta de las iglesias una inmensa cantidad de frutas de todas clases y muñecos que llevan á sus casas, como los devotos el pan bendito. Despues de misa recorren la ciudad con tamborcillos y flautas de caña, algunas veces enmascarados, siguiendo la procesion, á cuya cabeza se ve un individuo disfrazado con un armazon de buey, y la cara cubierta, imágen grotesca, cuyo grabado acompaña este artículo. Las mujeres siguen estas procesiones sin más-



Indio tocando la flauta.



Indio tocando la flauta.

condiez ó doce mas me prestaron gratuitamente, y aun llenos de admiracion porque quise pagarles sus servicios. Poco despues los dejé, quedando el indio y yo hechos amigos. Otra vez, hallándome en compañía de un compatriota, en la cabaña de un indio para libertarnos de una lluvia que cae á torrentes durante



Indio en traje de fiesta.

estas ceremonias. Los cholos ejercen todas las artes manuales, excepto las de albañil y sastre que pertenecen á los indios. Son pobres, á causa de su pereza, con pocas excepciones; sus mujeres, por el contrario, son laboriosas y muy aseadas, les gustan los adornos, y aunque su traje es poco elegante, lo saben llevar con

caras, llevando sus niños al pecho ó de la mano. Las mujeres que no tienen hijos, llevan vasijas de chicha, maiz y otros comestibles, que han de servir para comer despues de la procesion. Al hablar de la comida de los indios no puede echarse en olvido el chupé, especie de cecina que hacen con los carneros que no pueden mantener por la escasez de vegetales, que produce en algunos puntos la sequedad de los seis meses que sucede al diluvio de los otros seis. Los indios comen el chupé con mucha pimienta y pimienta molido, generalmente guisado con patatas.

Concluidas las fiestas, los indios vuelven á sus cabañas, abandonadas y abiertas en este intervalo, confianza que se apoya quizá en la poca riqueza que encierran.

La fiesta de San Pedro, que es la principal de los indios, se celebra con un estrépito extraordinario. En lugar de las frutas y los muñecos figuran innumerables imágenes de ángeles y santos de madera esculpida, cubierta algunas veces con oro y plata. Durante la procesion, las santas imágenes son llevadas con luces por los indios, con acompañamiento de petardos que rebientan á los piés de los circunstantes. Durante la procesion suelen quemar un toro de pólvora, concluyendo por bailar delante de sus imágenes de madera.

Los cholos y la clase media asisten como espectadores. Su devocion se manifiesta el día del Córpus. Y el Viérnes-Santo. La clase media lleva en esta procesion una urna que contiene un Cristo del tamaño natural, vestido de pontifical, con la tiara en la cabeza, cubierto de oro y pedrerías. Los cholos no toman parte en



Indio en traje de fiesta.



Indio en traje de fiesta.

tanta gracia, que llaman la atención del extranjero. Su sombrero de hombre, su revas de muleton guarnecido con cintas de color, un corpiño casi cubierto, una camisa con el cuello bordado de negro, la poliera con una franja de seda ú oro, ribeteada con raso cortado, que permite ver una saya blanca; tal es su vestido. Añádase á esto que tienen el pié pequeño, y que por lo comun lo llevan bien calzado. Los oficios que ejercen las ponen en comunicacion con comerciantes extranjeros,—lo cual las hace amigas de engalanarse —son lavanderas, venden cigarros, y otras mercaderías. Son alegres de genio, y las gusta bailar al son de un instrumento muy parecido á la guitarra.

Los de la clase media, tenderos y comerciantes, no tienen nada de particular.

Los hombres fuman su cigarro en la calle, y se interesan en las riñas de gallos, apostando á favor de uno de los combatientes. Generalmente son sobrios, y solo por Carnaval y la Santa Cruz se permiten alguna franquichela. El carnaval se distingue, y acaso sobrepuja al de este continente. Los cholos y los de la clase media se mezclan aquel día, y como en muchos pueblos de España, se echan puñados de harina á la cara. Los cholos llevan banderas con un sol pintado y esta inscripción: *Hijos del sol*. Las mujeres los siguen bailando como pueden. Los indios cruzan entre estas dos clases superiores con la mayor gravedad y los trajes mas estraños. La fiesta dura todo el día, y concluye con mucho ruido de tambores y flautas.

La fiesta de la Cruz se celebra con ménos ruido y confusion. Consiste en un banquete general bajo tiendas levantadas en las calles, banquete que dura toda la noche con toda la libertad que permiten sus costumbres y que aumenta la que dá la careta en tales ocasiones. Estas fiestas duran tres días, y todos quieren aprovecharlos hasta la última hora.

A.

Don Juan de Lanuza.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

LEYENDA.

V.

A Calatayud pasó
El Justicia desde Epila,
Y á Zaragoza volvió
Sabiendo estaba tranquila.

¡Harto terrible es la suerte
Del desdichado mancebo!
¿Porque no encontró la muerte
En las llanuras de Utebo?

¿Porqué la vida salvar
En Mozalbarba le plugo?
¡Triste! la quiso guardar
Sin duda para el verdugo.

No sabe el desventurado
A do funeral alcanza
De un rey que se halla agraviado
La inexorable venganza.

Ninguna culpa destroza
Su inmaculada conciencia
Y regresó á Zaragoza
Seguro de su inocencia.

Sale un día del palacio
Para oír misa de doce,
Y hablarle quiere reacio
Un hombre que no conoce.

Le aguardaba rato hacia
En el patio, do afectaba
Estampas que en él no había
Mirar..... mas no las miraba.

Llamábase Juan Velasco;
Era seca su figura;
Daba repugnancia y asco
Su siniestra catadura.

Mostachos azaz poblados
Casi cubrían su boca
Cual cubre zarza en collados
La ancha grieta de una roca.
—¿Qué me queréis? preguntó
Lanuza—en nombre del rey
Que os deis preso. —¿Como!... ¡yo!
—Vos señor —Eso no es ley.
—Es ley lo que el rey ordena
—Si ordena lo que ley es
—Mal esta cuestion me suena;
La ventilaréis despues.
—Mas decidme, quien sois vos.
—No hay peligro en contestar;
Velasco soy... — ¡Vive Dios!
¡Alcaide de Almuñecar!

¿Sobre mí, jurisdiccion

Sabeis que no hay quien ejerza?

—Ved de la ley la razon.

—Esa es la ley de la fuerza.

—En fin, don Juan, abreviemos...

—Abreviemos; id con Dios.

—Con Dios y tambien con vos.

—Conmigo, no.—Lo veremos.

Hace Velasco al momento

Una seña á los soldados

Que en gran número al intento

Tiene muy cerca aprestados.

—¡Qué! ¡preso puedo yo ser!

La noble víctima exclama;

¡Así abusa del poder

Un rey que justo se llama!

Queda preso el afligido

Y sácanle por la puerta

Del Angel, como un bandido,

Con toda esperanza muerta.

Enciérranle, donde Vargas

Tiene el rico alojamiento,

Y allí pasa horas amargas

Solo con su pensamiento.

Y luego le trasladaron

A casa de Bobadilla

Donde le notificaron

Que el monarca de Castilla

Decretó su infausta muerte,

Y le hicieron resignar

Con los golpes de la suerte

Que Dios le queria dar.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

(Se continuará.)

Revista agricola.

Parándose á considerar todo lo mucho que se ha escrito en Francia en estos últimos tiempos sobre el desagüe de las tierras, se podria creer que esta operacion es familiar en el día á todos los labradores, que las campiñas de la Francia se hallan todas trabajadas subterráneamente presentando un sistema tan compacto como el de las cañerías en las ciudades. Pero ¡ay! por desgracia esto está muy léjos de ser así.

El gobierno francés, para fomentar esta mejora, concedió un subsidio á la Sociedad de Agricultura de Lila, con fecha del 3 de julio de 1849, subsidio que se fué aumentando hasta llegar á principios de este año á la suma de 36,000 frs. distribuidos entre sociedades de agricultura, granjas modelos, etc., en 40 departamentos: el periódico Bixio de 20 de enero último trae un estado detallado de estos subsidios.

Noventa se puede calcular que son las máquinas que hay en el día en Francia, á saber: 40 máquinas Calla, 30 idem Tackeray, 6 idem Whithead, 4 idem Chion, y otras 10 de diferentes autores. Pero el número de fábricas es mas limitado: M. Barrel, que ha estudiado esta cuestion con la concienzuda atención que le distingue, y previos los muchos informes que el citado periódico posee, no cree que hasta el día haya habido mas de 20 de estos establecimientos que trabajen, con secador y horno. Entre ellos cita el de M. de Rotschild situado en Ferrières (Sena y Marne), y el de M. Vincent, cerca de Lagny, en el mismo departamento. Nosotros podemos añadir el de Saint-Germain-la-Boterie (Oise), cuyos productos recomienda mucho M. Vitard, autor de un buen *Tratado sobre el acarreo de las aguas y el desagüe*, y el de M. Garreau, cerca de Mormant (Sena y Marne).

Solo la mitad de los establecimientos citados se hallarán en estado de trabajar desde la primavera próxima, pudiendo suministrar en todo el año como *millon y medio de tubos*, lo que equivale á decir que se podrán desaguar cuatrocientos cincuenta hectaras. En las posesiones francesas de Argel, los trapenses de Staoueli y el director del plantel central han hecho algunos desagües en pequeño con muy buen éxito para aquellas localidades, pero á decir verdad, todo lo que se ha hecho hasta aquí supone muy poco.

Los belgas se hallan mas adelantados en su modesto territorio, porque á fines de 1851 contaban ya 20 fábricas, de las cuales hubo 18 que fueron establecidas con auxilio del Estado, que les prestó las máquinas. Además, á título de ensayo, varios particulares habian hecho 61 operaciones de desagüe en pequeña escala. El gobierno dió para ello los tubos y herramientas necesarias, y además envió agentes directores ó vigilantes del desagüe; los propietarios pagaron el trabajo á los jornaleros para abrir las barrancas y demás. En 1851, las 20 fábricas habian entregado *dos millones* de tubos, lo que corresponde al desagüe de unos *quinientos noventa* hectaras.

Muy léjos están estos tímidos ensayos del atrevido ejemplo que dió el gobierno inglés en 1847, y de la parte que tomaron en el asunto los particulares que por medio de suscripciones voluntarias reunieron una suma de *doscientos millones* de francos prestadas á propietarios de los tres reinos que se comprometieron á emplear en cinco años esa cantidad en el desagüe de los terrenos húmedos, y en apropiar al cultivo las malas tierras, pagando además un 6 por 100 de interés durante veintidos años, lo que amortizará la deuda para esa época. Esa cantidad, á razon de 250 frs. el hecтар, corresponde á *ochocientos mil* hectaras saneados hoy. Con ese buen impulso se han inventado muchos instrumentos, y se han puesto en práctica métodos mas económicos que los de antes. Las sociedades de agricultura han fomentado los trabajos concediendo muchos premios á las mejores máquinas é instrumentos desde 1842, y

de este modo toda la agricultura europea posee hoy buenos procedimientos de desagüe, que pueden considerarse ya como perfectos; ahora la aplicacion es lo que falta.

M. Martinelli, presidente del comicio de Nerac, ha expuesto la utilidad que resulta del desagüe de un modo práctico. «Ved un tiesto de flores, dice, ¿porqué tiene ese agujerillo en el fondo? Hago esta pregunta, porque hay en ese agujerillo toda una revolucion agrícola. — Por su medio se renueva el agua, evacuándose poco á poco. — ¿Y porqué se debe renovar el agua? — Porque el agua da la vida ó la muerte; la vida cuando no hace mas que mojar la tierra, y la muerte cuando se estanca en el tiesto. » El desagüe, pues, no es otra cosa que ese agujerillo del tiesto en las campiñas.

Desde luego se debe conocer que lo que es útil para los jardines, debe tambien serlo para el cultivo en grande; pero hay personas mas escrupulosas que, queriendo penetrar hasta el fondo de todo, preguntan á la ciencia cómo, puede suceder que el agua dé en un caso la vida, y en otro la muerte.

Los ingleses han escrito mucho sobre lo que ellos llaman la *filosofía* del desagüe; pero en general sus tratados carecen de precision y de claridad. Por este motivo quiero atenerme á la declaracion de la ciencia francesa, pronunciada por M. Payen: «Las aguas que se estancan en la tierra pierden su oxígeno, se desagregan las raicillas de las plantas terrestres mas usuales, se mantienen inertes los compuestos salinos del barro, y excitan la vegetacion de las plantas impropias para el alimento de los hombres y de los animales. »

Pidiendo mil perdones á la ciencia moderna, que respeto mucho, sobre todo cuando sale de una boca como la de M. Payen, debo decir aquí que esta satisfaccion no parece satisfactoria, y que solo veo en ella una perifrasis de la opinion de un escritor inglés del año 1632, llamado Walter Blight, opinion bien inocente en el día. En efecto, el mencionado autor en su obra intitulada: *The Survey of Husbandry surveyed* (el vigilante de la agricultura vigilado) se expresa en estos términos: «Abre las barrancas ó cañerías de desagüe bastante hondas para que quiten esa humedad subterránea, esa impureza, ese veneno que alimenta las plantas nocivas, y créeme, ó reniega de la Santa Escritura, cosa á que me figuro no te hallarás dispuesto. ¿No te acuerdas de estas palabras de Job: ¿Se alzará el junco sin el barro? ¿la yerba de los pantanos crecerá sin agua? — La pregunta demuestra claramente que el junco no puede crecer si se deja la raiz en seco, porque lo que le da la vida es el agua que tiene á la raiz y no la humedad que pueda haber á la superficie de la tierra, en cuyo caso, allí donde llueve, nacerian juncos; de este modo, si quitas la humedad á la raiz, el junco quedará seco y privado de subsistencia. »

Para traducir en lengua vulgar estas dos declaraciones de la ciencia, pronunciadas con dos siglos de intervalo, dirémos sencillamente lo siguiente: el agua estancada es una condicion esencial para el crecimiento y desarrollo de ciertas plantas que vemos en los pantanos y en las praderas donde hay mucha humedad, tal como el junco, el llanten, el cólcico, la cola de caballo, el espartano, la renúcula, al paso que no pueden vivir en ella los vegetales en cuya multiplicacion nos interesamos. Aun la enérgica expresion de M. Martinelli, el agua da la vida ó la muerte, no debe entenderse de un modo general y absoluto, sino solo de un modo relativo y especial, puesto que en realidad no se trata mas que de la vida ó muerte de los vegetales útiles al uso del hombre, y no de otros que el hombre considera como nocivos, ó cuando ménos inútiles, tanto para él como para los animales. Tapando el agujerillo de un tiesto de flores, de modo que se estanque el agua, el rosal morirá en esa humedad, cuando el junco hallará allí su vida.

Bajo el punto de vista puramente teórico, la cuestion no está mas adelantada que hace dos siglos. ¿Podemos decir por ventura que nosotros hemos profundizado mas que nuestros abuelos las misteriosas leyes que rigen el fenómeno del efecto del agua en la vegetacion?

Lo cierto es que un terreno anegado en agua permanente que no produce mas que junco y llanten, puede cambiar su condicion productiva á beneficio de inteligente mano del hombre, y puede dar trigo ó buena yerba, en cuanto se le quita esa humedad excesiva. Este hecho, tan importante para el campesino, se halla probado de un modo evidente desde los tiempos mas remotos. Un terreno improductivo se transforma por ese medio en un campo excelente. En nuestros días hay terrenos que antes del desagüe no podian arrendarse á treinta francos por hectara, y en el día se arriendan á ciento sesenta.

Si pedimos á la ciencia la explicacion del hecho, la ciencia nos responderá, tambien por el órgano de M. Payen, que «el desagüe y oreo de la tierra abren grietecillas en el limo debajo de la capa cultivada, en las cuales se introducen las raices de nuestras plantas usuales, y de ese modo se dividen los terrenos compactos, y se aumenta el grueso de la capa de tierra vegetal. La temperatura media se eleva, á medida que la evaporacion disminuye. La tierra, ménos dura, se hace mas fácil al trabajo, la vegetacion es mas pronta, y la madurez puede ser tambien mas completa. A las ventajas que resultan del oreo y porosidad de la tierra, hay que añadir la accion de los limos ó barros que, empapados en aguas que circulan, conservan sus compuestos salinos y amoniacales, cediendo despues á la vegetacion una gran cantidad de abonos solubles. »

En la antigüedad, el labrador sabia el arte de secar, (aunque se practicaba rara vez) y de desaguar los campos por medio de barrancas, ó lo que es mejor, por medio de cañerías subterráneas, revestidas de piedras ó de ramas, como los autores latinos las describen. Olivier de Serra ha descrito el sistema ó conjunto bien combinado de cañerías cubiertas, que despues de sanear una vasta extension de territorio, iban á parar á una barranca madre, sistema empleado en Francia antes que en Inglaterra. Los tubos subterráneos, que reemplazaban los materiales que antiguamente se empleaban para formar el suelo de los encañados, se han considerado últimamente como invencion inglesa; pero un labrador de Saultain (Norte), M. Namoir, ha escrito en 23 de julio último, diciendo que la idea primitiva se debe atribuir á unos frailes del Oratorio de un

antiguo convento situado en las cercanías de Maubeuge. En efecto, leyendo esta carta publicada en el periódico Bixio, se ve que en la huerta de los frailes se han descubierto dos encañados de desagüe completos y uniformes, hechos por medio de tubos, y que se extendían por toda la superficie de la huerta a una profundidad de 1 m. 20.

En el primero de estos encañados, todas las canales iban á dar en un pozo perdido situado en el centro; en el otro estaban paralelas, y daban á una canal colectiva que desembocaba en una cueva, no se sabe si para aprovechar el agua, ó si era para que se derramara por la ciudad, en razon de la pendiente que había. Los tubos tienen diez pulgadas de largo, mas anchos por una extremidad que por otra, á fin de hacerlos encajar y formar el conducto; su diámetro es de diez pulgadas. Las sepulturas, que son del año 1620, no han podido hacerse sino despues del establecimiento de esos dos encañados. Con esto tenemos un ejemplo de desagüe por medio de tubos que debemos considerar por lo ménos como de la misma época que de Olivier de Serres imprimió su *Teatro de la Agricultura*.

¿Qué dirán de esto los ingleses? Dirán que los labradores de Flandes y de Francia han sido gente bien descuidada, pues teniendo á la vista tantos ejemplos, no han sabido aprovecharlos y hallar la solución económica del problema, que dependía enteramente de una fabricacion de tubos baratos.

Pero hay todavía mas, y es que los franceses son los primeros que han tenido los instrumentos de fabricacion baratos, sin pensar en sacar de ellos el partido que debían haber sacado. Casi todas las máquinas de fabricar los tubos de desagüe tuvieron su origen en las antiguas prensas empleadas en Francia y en Alemania para hacer los encañados de barro por donde se llevan las aguas potables. Los ingleses no han tenido que gastar mucho tiempo para esto, como lo prueba M. Barral en una serie de artículos que está publicando, y que reunidos, formarán el tratado mas completo que se conoce sobre el desagüe.

Los escritores que han precedido á M. Barral en la materia, han hablado principalmente del modo como deben establecerse las canales en la tierra, de la distancia que deben guardar entre sí, de su profundidad, etc., etc., y de las herramientas propias para abrir las barrancas sin ocupar mucho hueco. M. Barral, además de esto, ha tratado de la fabricacion de los tubos, dando un dibujo y una descripción razonada de las máquinas que mas se emplean para este uso, y discutiendo profundamente las imperfecciones y ventajas de cada una de ellas. La parte mas original de su trabajo es el capítulo en que habla de la eleccion y preparacion de la tierra mas propia para el uso, lo que no podía ménos de ser así, por los muchos conocimientos que posee en química.

Los labradores que quieren mejorar sus tierras por el sistema dicho, deben tener entendido que la fabricacion de tubos suficientes para poder hacer un desagüe de alguna importancia, exige lo ménos ocho meses. Así pues, en diciembre ó enero hay que elegir la tierra, y ponerla en montones que deben quedar expuestos al aire, á la accion del frio del invierno, á la de los cambios de temperatura, y á las alternativas de humedad y sequío de la primavera. Las tierras plásticas ó figulinas, lo mismo que el limo y las tierras ordinarias, no pueden trabajarse bien si no han estado expuestas, como hemos dicho, tres ó cuatro meses.

Principiando la máquina á fabricar en marzo ó en abril, suministrará tubos que hay que dejar secar unos dos meses antes de echarlos á cocer en un horno adecuado. De este modo, los primeros tubos que salgan de la fábrica no estarán listos hasta el mes de julio.

En setiembre ó octubre habrá los bastantes para ejecutar los trabajos de abrir barrancas, y poner encañados en los campos segados ya, y que empiezan á prepararse para la siembra.

En invierno no hay que pensar en la fabricacion de tubos, á no ser que no helara nunca, porque las heladas los abren al salir de la máquina, y los estropea sin remedio.

M. Barral ha calculado que, por término medio, el precio del desagüe en Francia ha bajado de unos 188 á 230 frs. por hectara. En Bélgica sale á 120 frs. y aun á 80 con canales á 15 metros de distancia. En resumen, puede decirse que hoy en Francia un desagüe por medio de cañerías de fábrica, admitiendo que el trabajo sea bueno, y tenga un metro de profundidad, costaría mas caro que un desagüe por medio de tubos, de los que salieran mas caros, y por consiguiente poniéndolo en el *maximum*.

St-G. L.

Boletín científico.

Sistema métrico. — *Hidropesía en los animales: Tratamiento por el yodo, y sus inconvenientes.* — *Noticias diversas.* — *Medida de las dimensiones de la tierra en la antigüedad.* — *Tablas de M. Leverrier.* — *Mémoires de M. Favre sobre la electricidad y de M. Marquet sobre el enfriamiento de la tierra.*

— El gobierno de los Estados-Unidos, accediendo á los deseos de M. Vattermare acaba de enviar á Francia una excelente coleccion de pesos y medidas, examinada y aprobada por M. Bache intendente general de pesos y medidas de la Union. En cambio de este obsequio el gobierno francés ha dado al de los Estados-Unidos una coleccion completa del sistema métrico examinada con la mayor exactitud, añadiendo á las medidas comerciales y de uso comun cuatro balanzas, con sus correspondientes accesorios, adoptadas en el servicio de las oficinas de confrontacion. Los tipos que á estas acompañan, son el metro, quilómetro y litro comparados por M. Libermann á los prototipos del comercio depositados en el Conservatorio de Artes.

El mismo presente se hizo por el gobierno francés al español, resultando de las observaciones que entonces se hicieron

y que ahora se han repetido, una completa uniformidad en los tres metros oficiales, á saber: el prototipo depositado en los archivos del año VII, el del comercio de la misma época que fué depositada en el Conservatorio, y en fin el que en 1806 fué remitido al Observatorio. Toda la diferencia que pudiera haber en dichos tipos segun las pruebas practicadas, no llegaría á un milímetro, así como los tres quilógramos, en platina, de los mencionados establecimientos apenas se diferenciarían en un miligramo. Aplaudimos las muestras de cordialidad de los gobiernos en esos cambios que pueden dar un dia por resultado la uniformidad de pesos y medidas en todas las naciones.

— Hay terrenos como el de la Sologne en Francia, compuesto en su mayor parte de arcillas y otras materias, cuya impermeabilidad retiene las aguas de las corrientes ó de las lluvias, formando pantanos en invierno, y que calentándose en los primeros dias de la primavera, producen por la accion combinada de la humedad y el calor la aparicion casi instantánea del ranúnculo y otras plantas. La estacion favoreciendo entónces su desarrollo hace que sean inofensivas á los animales que de ellas se alimentan; pero cuando por efecto de las mismas causas se reproducen los mismos efectos en la estacion del otoño, dichas yerbas desenvueltas en medio de las nieblas son blandas, y contienen una cantidad de agua superior á su sustancia nutritiva. Los animales que buscan en ellas un alimento en la susodicha estacion, contraen la hidropesía, habiéndose notado que el ganado lanar por su temperamento linfático es el mas propenso á esta enfermedad, sin que dejen de observarse muchos bueyes hidrópicos. Así, pues, se ha recomendado á los pastores en climas como el de Francia, el cuidado de alejarse de las tierras bajas desde agosto hasta la temporada de los hielos; pero ya porque los pastores suelen tener poco interés en la conservacion del ganado, ya porque desprecian los avisos de la ciencia, hacen lo que mejor les parece cuando no están vigilados por sus amos y dan muy frecuentemente lugar á que los animales contraigan la hidropesía. Para prevenir esta enfermedad, M. de Romanet ha aplicado el yodo, administrándolo interiormente, habiendo observado que dos ó tres pears de ganado lanar han pasado la estacion temible sin presentar el menor síntoma de hidropesía; pero en cambio las ovejas han enflaquecido de un modo extraordinario, perdiendo en la venta considerablemente respecto de las otras, lo que sin duda debe hacer renunciar al medicamento preservativo, puesto que hace perder por un lado lo que se gana por otro, y así mientras la ciencia ó la experiencia no ofrezcan mejor método para prevenir el mal, lo mas conveniente será que los propietarios velen, impidiendo que el ganado enferme por el poco cuidado de los pastores.

— Entre otras comunicaciones recientes que ha recibido el Instituto, merecen citarse las siguientes: una memoria de M. Seguíer sobre la medida de las latitudes en geodesia; otra de M. Morin relativa á los ferro-carriles, indicando el medio de evitar los inconvenientes que en los países montañosos opone la acumulacion de la nieve al rodaje de los vagones. — Una obra de botánica de M. Barker Werr, dedicada á la reina Isabel II y en la cual van representadas las plantas raras de España. — La historia física y política de Chile por M. Claudio Gay, publicacion que cuenta ya diez y nueve tomos con un atlas que contiene 274 láminas y mapas. — La carta geológica de la Bélgica por M. Dumont, profesor de la Universidad de Liège, carta tomada en la escala de 1/160 y que se hace recomendable además por la exactitud y abundancia de detalles. — Las cartas astronómicas de M. Ch. Dien que presentan anticipadamente los fenómenos celestes de todo el año 1833, cuadro destinado á generalizar las observaciones astronómicas facilitando el estudio de la cosmografía.

— M. Woëpcke acaba de dar á conocer una obra griega cuya existencia era hasta ahora desconocida de los sabios. Se ignora si existe el original; pero ha sido hallada en la biblioteca imperial una traduccion árabe de dicha obra, que es un comentario del libro segundo de los elementos de Euclides. Nada mas debemos decir de esta obra que, en el estado actual de la ciencia, apenas puede tener otra importancia que la de su mérito arqueológico.

— Entre las cuestiones mas curiosas que ofrece la historia, se cita la de saber si los antiguos han conocido mas ó ménos aproximadamente *las dimensiones de la tierra* y qué tentativas se han hecho para llegar á este conocimiento. Los autores nos han conservado el recuerdo de cinco determinaciones de la circunferencia de la tierra, calculadas en estadios. La primera mencionada por Aristóteles da para la circunferencia del globo 400,000 estadios, lo que hace 1,111 por cada grado; la segunda de que habla Arquímedes valua la circunferencia en 300,000 estadios ó 833 por grado. La tercera de que hicieron un uso exclusivo Eratóstenes, Hiparco y Strabon fija la circunferencia en 232,000 estadios y el grado en 700. La cuarta resucitada á lo que parece por Posidonio supone 240,000 estadios á la circunferencia y 666 al grado. En fin, la quinta, empleada por el mismo Posidonio, por Marin de Tiro y Ptolomeo daba para la circunferencia 180,000 estadios y 300 para el grado.

Como vemos, no han faltado determinaciones; pero para tener una idea del valor de ellas, necesitamos saber el que daban al estadio, medida, como todas, convencional. Si buscamos su magnitud como M. Vincent, autor de una nota interesante sobre la medida de la tierra atribuida á Eratóstenes, habremos de suponer dicha medida equivalente á 150 metros, y multiplicando este número por 700, se obtiene un producto de 110,775 metros para el grado de Eratóstenes, valor muy aproximado á las mas exactas observaciones modernas.

— M. Leverrier acaba de presentar un bellissimo trabajo, que consiste en unas *tablas del movimiento aparente del sol*, deducidas de la comparacion de la teoría con las observaciones hechas desde 1750 hasta nuestros dias. Tal vez, dice este sabio, no conocemos mas que una mínima parte de la materia contenida en los espacios celestes: los planetas telescópicos existen quizá en número incalculable; pero si no nos es dado conocer individualmente todos estos cuerpos, podremos quizá llegar á obtener la ley de su distribucion por medio de su accion colectiva sobre los planetas anteriormente conocidos.

Para este fin, convendrá estudiar la teoría de los planetas con sumo cuidado á lo que podrán ayudar mucho las *tablas del sol* en que se dan las posiciones de este astro con toda la exactitud de las observaciones mas admitidas. Las tablas que tengo el honor de presentar á la Academia satisfacen á esta exigencia, pues representan con toda precision la marcha del sol durante un siglo.

Plinio condena á los filósofos cuya temeridad llega á invadir el campo infinito de los espacios celestes, y que no contentos con el espectáculo del mundo tratan de penetrar con el pensamiento mas allá de lo que puede alcanzar la vista del hombre. Cuando Plinio hablaba así no se conocía el telescopio, del mismo modo, y sea dicho de paso, que cuando Felipe II quiso por la eleccion del sitio, condenar la capital de España á la impotencia industrial, estaba muy distante de imaginar los caminos de hierro. Así el progreso humano viene en cada verdad que descubre dando una réplica digna á las doctrinas absolutas de los hombres que como Plinio exclamaban en un arranque de pueril orgullo «¡Locura! porqué locura es el querer investigar lo exterior como si lo interior fuese ya bastante conocido. Y por otra parte ¿cómo puede medir nada un ser que ignora su propia medida?» El pobre naturalista latino hubiera cambiado de lenguaje á vista de las conquistas de la astronomía en estos últimos siglos: el telescopio ha descubierto millones de mundos sobre el que los antiguos conocieron, y los modernos astrónomos explorando con ardor infatigable los espacios ilimitados, sondeando por el cálculo la profundidad de los abismos celestes, buscan, sin ser por esto visionarios, todo lo que el hombre es capaz de descubrir fuera de los estrechos límites de la antigua cosmografía. Pero estos descubrimientos son hijos del tiempo; se elaboran á través de los siglos, y como decia un eminente filósofo del siglo XVIII: «Hemos llegado lentamente á conocer algunas cosas de la naturaleza; la posteridad acabará lentamente lo que falta.»

— Por último, harémos una ligera mencion de las memorias de M. Favre sobre la electricidad, y de M. Marquet relativa al enfriamiento de la tierra. Habiendo el primero de estos señores observado que el paso de la electricidad á través de los cuerpos conductores da siempre lugar á un cierto desarrollo de calorífico, de modo que en ciertos casos la temperatura puede elevarse hasta el punto de fundir instantáneamente los cuerpos mas refractarios, tales como el platino, que no solo se enrojece y brilla, sino que llega á romperse cuando la corriente eléctrica tiene la necesaria intensidad para ello, y notando tambien que la cantidad de calorífico desenvuelta por una pila sobre el punto de la accion química disminuye cuando se interponen conductores susceptibles de calentarse mas ó ménos, concluye deduciendo que el calor producido sobre el punto mismo de la accion química y el que se desenvuelve en los conductores, son complemento el uno del otro. El segundo de dichos señores, M. Marquet, reproduce todo cuanto se ha dicho ya acerca de la incandescencia de nuestro globo en su origen y el tiempo maravilloso que ha debido emplearse en enfriarse. Lo que hallamos de mas interesante y nuevo en su memoria son las experiencias directas sobre la influencia de las causas capaces de modificar y acelerar la evaporacion de los líquidos. Este sabio ha observado, pues, que el agua ó el alcohol expuesto al aire en un vaso, se conserva siempre mas frio que el aire. Las diferencias de temperatura del líquido y del aire dependen de la de este último cuerpo. Así cuanto mas se eleva la temperatura del aire, mayor es su diferencia respecto de la del agua. Entre 45 y 50 grados, por ejemplo, esta diferencia es para el agua de 5 á 6 grados, entre 20 y 25 no es mas que de grado y medio. De estas y otras observaciones hace M. Marquet una deducción acerca del enfriamiento de la tierra procedente de la evaporacion obrada en la superficie, diciendo quizá de un modo mas digno de la poesía que de la ciencia, que la tierra debió enfriarse en su superficie, sobre poco mas ó ménos, como un hombre que acaba de salir del baño.

Descripción de los bordados.

1. Cuello mosquetero, última moda. Bordado de plumetis inglés y feston.
2. Falda de última invencion; bordados de festones calados.
3. Manga pagoda, como el cuello mosquetero n.º 1.
4. Punta de pañuelo al plumetis; punto de pluma y calados.
- 5-6. Gorrito de niño al punto de feston, que se puede hacer imitado en tul griego. Es un género de bordados que gusta mucho.
7. Petaca á punto de cadeneta, con bordados de oro sobre terciopelo negro ó negro obscuro.
8. Banda bordada para manga duquesa. La gruesa flor de en medio del feston es mate, y lo demás calado.
9. Entredos bordado inglés para manga duquesa.
10. Banda de bordado inglés, que puede ir con el entredos n.º 9.
- 11-12. Banda para entredos y puntas de pantalones.
13. Nombres al plumetis, fáciles, letras género griego.
- 14 á 21. Letras floreadas y simples al plumetis.
22. Letras todo bordado inglés, para batista ordinaria.

Caricaturas griega y roman.

Tan ciertos es que los talentos mas originales se ven condenados á plagiar hasta cuando mas se pican de originales, que el mismo Horacio se quejaba en su tiempo de no ser mas que un imitador. Esta verdad de Horacio no solo tiene aplicacion á la poesía, sino á la oratoria, á la política, á la filosofía y en fin á las artes. El célebre *Donizetti* cuyo talento somos los primeros en admirar, es acusado, por los hombres de buena memoria, de presantor en muchas composiciones reminiscencias, esto

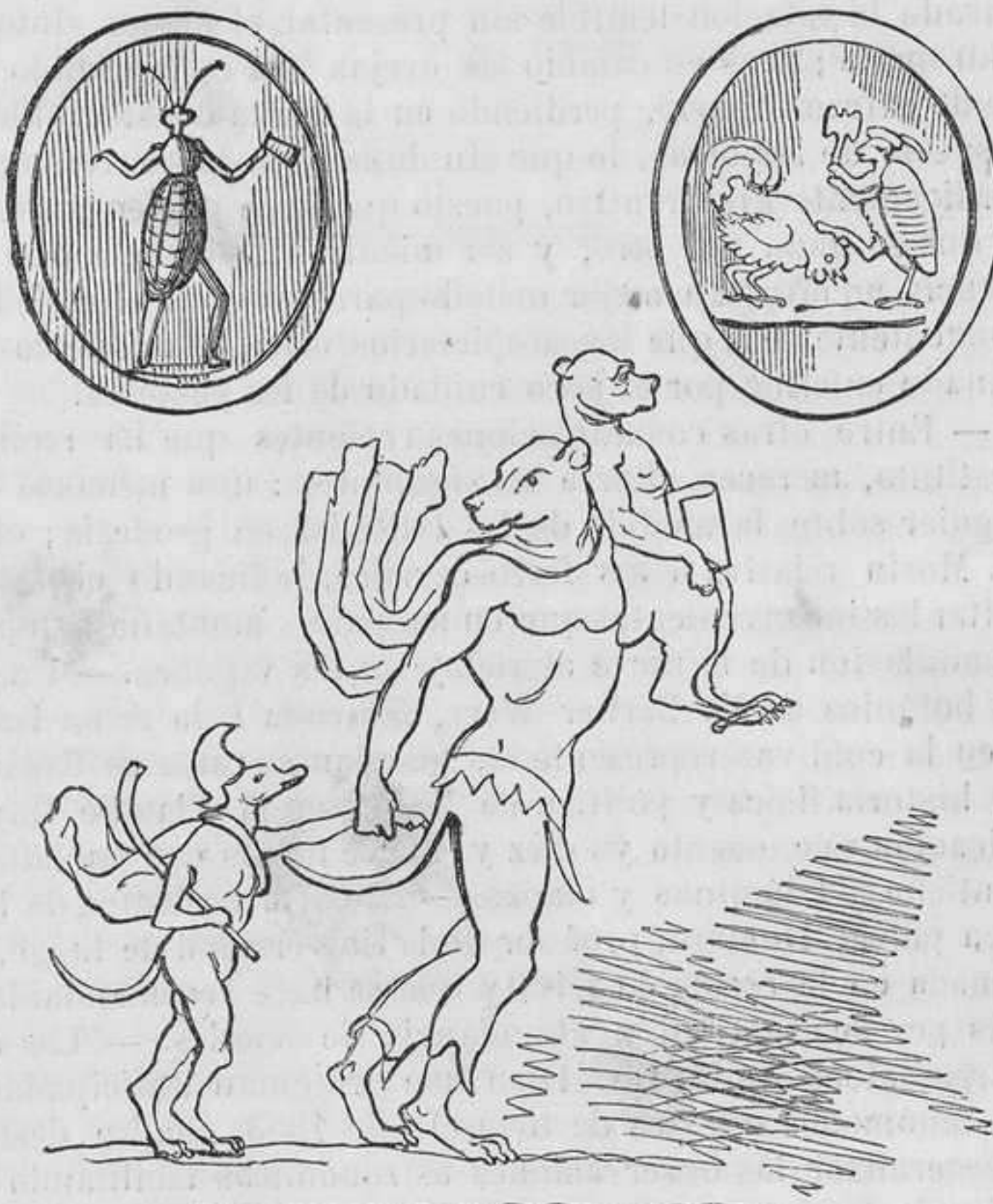


es, plagios, siendo en esta parte tan reparable su falta, que cuando no repetía pensamientos ajenos repetía sus propios pensamientos. Hay quien acusa á Bellini de haber copiado en una pieza de la *Estranjera* diez ó doce compases seguidos de una obra de *Hayden* ¿Quién sabe si á este último se le podría dirigir la misma acusación tratándose de los mismos compases?

Decimos esto á propósito de la caricatura, género que, no en su desarrollo sino en su invención, se disputan algunas naciones en nuestros días, siendo así que ya fué conocido y cultivado por los griegos y los romanos. Algunas caricaturas, según dice Plinio, atraían al pórtico de Fabricio muchos aficionados, cosa que no alcanzamos á comprender nosotros que nos hemos formado una elevada idea de la severidad del carácter y de las costumbres de la antigua Roma. ¿Y qué diremos de aquel griego llamado Clesiloco, discípulo de Apéles, que supo conquistarse una fama inmortal con sus cuadros profanos? La obra maestra de este artista puede decirse que fué aquella en que representaba á Júpiter con gorro de dormir dando á luz á Baco, y sostenido por algunas diosas que hacían el oficio de comadronas.

Pero contraigámonos á las figuras que á propósito de esta materia ofrecemos hoy á nuestros lectores. Estos podrán ver ese singular individuo de la cara prolongada y con poco esfuerzo podrán reconocer en él á Edipo en el acto de descifrar alguna charada de la Esfinge. Su barba larga y su pequeño bigote, sin hablar de su túnica particular, y su baston en fin, le dan cierto aire de hombre de importancia viéndose fácilmente en él todos los atributos del filósofo antiguo. *Pallio baculoque et baceis et hircino barbitio philosophum fingebant* como dijo el otro. En cuanto á la zorra que en una postura tan extravagante está delante de Edipo; sabido es que este animal ha sido siempre mirado como el símbolo de la astucia y en calidad de tal debió ser aquí sustituida á la Esfinge cuyas sutilezas nos parecen hoy bien inocentes.

Otra de las figuras, que con mas razon podemos llamar grupo, representa á Eneas arrancando á su padre



y á su hijo de las llamas de Troya, piadosa acción que no merecía el ridículo, aunque como dice un autor moderno, Eneas fué bien recompensado de su hazaña puesto que perdió á su mujer.

Poco es lo que podemos decir de esos dos figurines en bronce pertenecientes ambos al antiguo monetario de la biblioteca nacional de Paris, y de los cuales el uno representa un oso y el otro una rata, ataviados ambos con la majestuosa toga romana. Nadie dudará que cada una de dichas figuras debe ser la representación satírica de algun personaje conocido, y cuyo nombre ó carácter tendría tal vez alguna relación con el de los indicados animales. Ved en el oso toda la importancia y gravedad de un senador; ¿pero había en el senado algun varon que no tuviese la importancia y gravedad de un oso? Ved la rata con toda la solicitud de un parásito ó de un hombre acostumbrado como decimos en el día á vivir sobre el país. Pero ¿á quién elegiríamos como tipo? ¿Tomaríamos á Sarmentus ó á Tribius; á Camerinus ó á Bareas?

Tended á otra parte la mirada y ved esa cigarra caminando sobre las patas traseras y llevando en la mano una carraca. ¿A quién se dirigiria la alusión? A algun abogado del Forum; pero.... ¿quién? No lo sabemos. Tomad la lista desde *Saleius* hasta *Brutidius* y encontraréis ciento para uno que busqueis. Nosotros renunciamos á la explicación, pero en cambio os daremos minuciosamente la de esa piedra grabada que existe en el Gabinete real de Berlin y que representa una gallina matando con el hacha á un pobre gallo que tiene sujeto con una pata. Esta es la parodia de uno de los dramas mas terribles y sangrientos que ofrece la historia. El gallo nos recuerda á Agamenon asesinado por Clitemnestra. Esta buena pieza, por alusión tal vez al nombre de Egisto su amante, tiene la cabeza coronada con cuernos de cabra. He aquí como se ha desfigurado la obra de Esquilo. ¿He aquí, Electra, de que modo se traducen tus gemidos: « ¡Y yo lloro á mi padre á quien no fué dado perecer con gloria en los combates, para ser asesinado por mi madre y por su amante Egisto con un hacha de dos cortes! »

H. L.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION:

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto.

Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13	» »	Para Valparaíso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	» »
Para Puerto Rico.	13	50 macuquinos			
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18				
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes			
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	» »			
Para la provincia de Cúmana.	12	75 » »			

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripción se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.	Cobija.	MM. ARTOLA y Ca.	Puerto Rico.	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Demerara.	— Richard HAYNES.	Quito.	— ALFONSO PRIEUR.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Río Hacha.	— J. MANUEL GOENAGA.
Arica.	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil.	— ALFONSO PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arequipa.	— J. MARIA REY DE CASTRO.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santiago de Cuba.	— D ^r MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).	— VASQUEZ CORDOVA.	Lima.	— JOSÉ MACIAS.	Santa Maria.	— MANUEL ABELLO.
Buenaventura.	— SIMONNOT.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— JEAN MESNIER.
Bogota.	— CLARMONT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— FELIPE LAY.
Buenos Ayres.	— LUCIEN y Ca.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— ANDRES ARCHIMBAUD.
Id.	— J. C. CORBIN.	Monpos.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Caracas.	— EMILE PHILIP.	Méjico.	— BOIX, BESSERER y Ca.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Id.	— H. P. DE LA VEGA.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— CARLOS BASADRE.
Cartajena.	— J. MARIA CANADAS.	Panama.	— SMITH y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cali.	— THIRION.	Popayan.	— RAFAEL IRURITA.	Valencia.	— ACHILLE LETTERON.
Ciudad Bolívar.	— A. PESQUERA.	Porto Cabello.	— RAFAEL ROJAS.	Valparaíso.	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Cauca.				Vera Cruz.	— JUAN CARREDANO.